

Ac. Esp.
II-157

~~Dupl.º~~

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS COSTUMBRISTAS MALAGUEÑOS

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 28 DE NOVIEMBRE
DE 1948, EN SU RECEPCION PÚBLICA,
POR EL

EXCMO. SR. DON SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

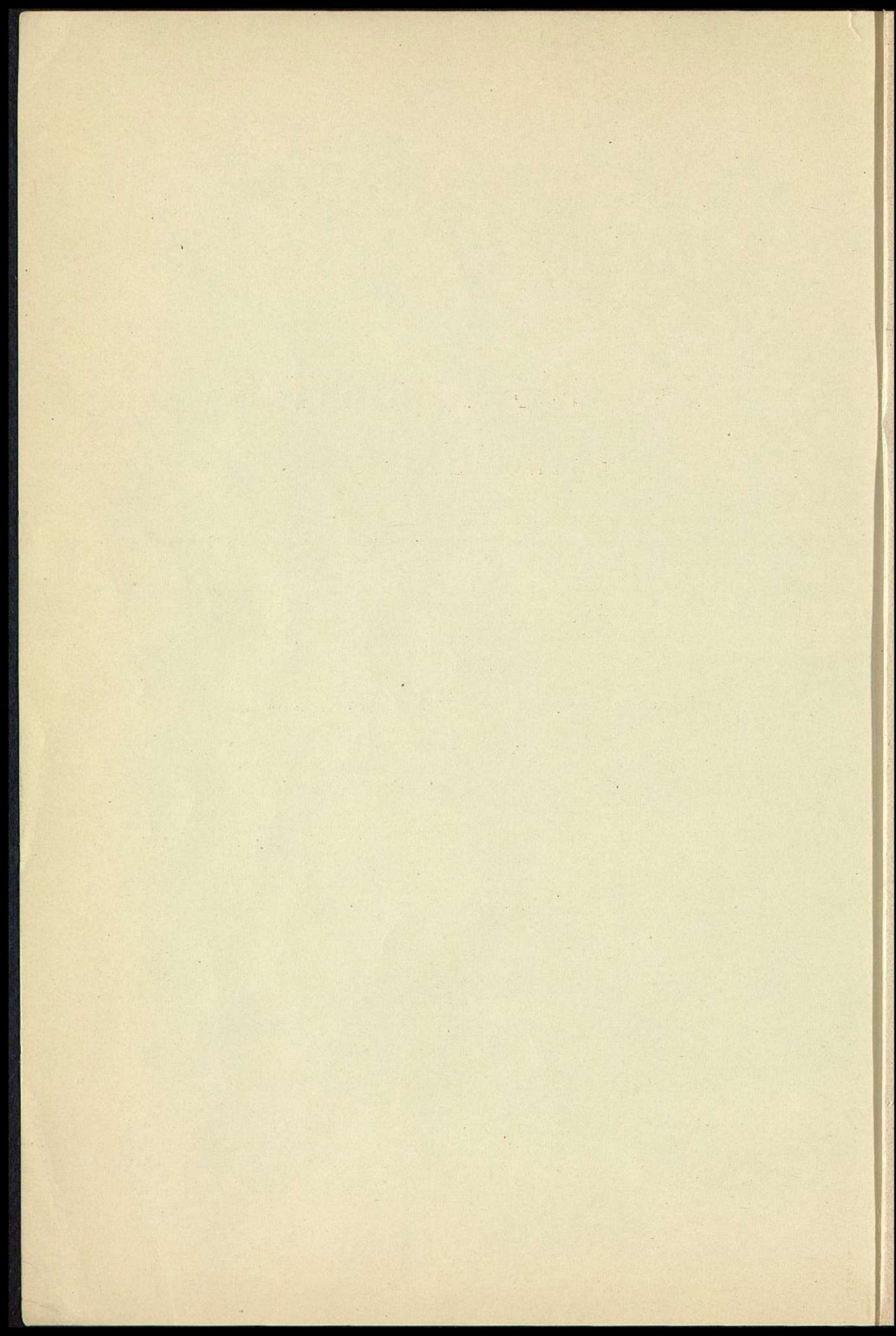
Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO



IMP. ENRIQUE MONTES

MÁLAGA 1948



R41092

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS COSTUMBRISTAS
MALAGUEÑOS

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 28 DE NOVIEMBRE
DE 1948, EN SU RECEPCION PÚBLICA,
POR EL

EXCMO. SR. DON SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

Y CONTESTACIÓN DEL

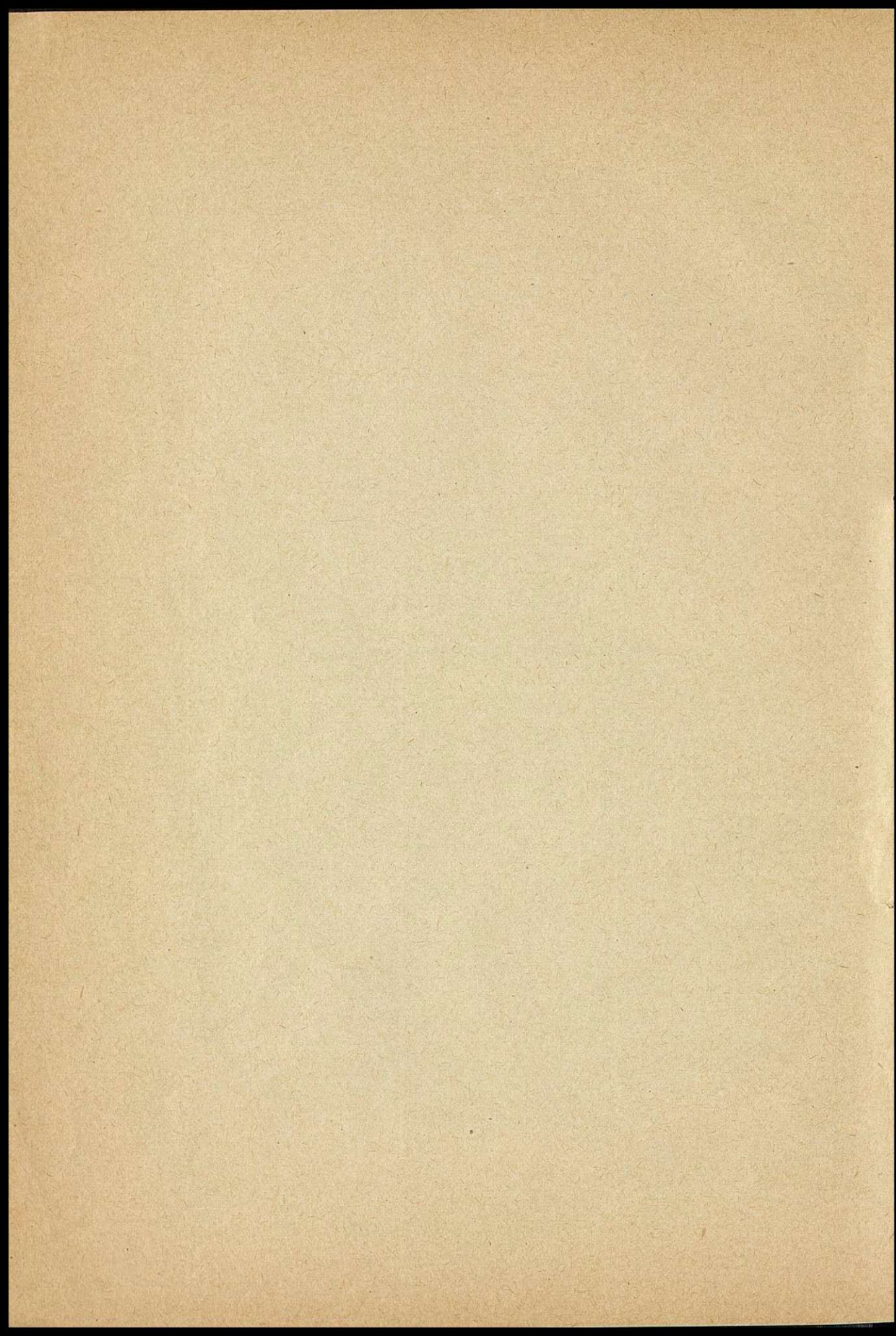
EXCMO. SR. DON AGUSTÍN G. DE AMEZÚA



IMP. ENRIQUE MONTES
MÁLAGA 1948

2145

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. DON SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA



Señores Académicos:

CON un motivo inmotivado, cual es: el de que coexisten pocos autores de novelas en el alcázar del Idioma, me han traído aquí, con mis deseos—fuera necedad omisiva el celarlos entre vosotros—varios amigos y maestros más que las obras de mi pluma; y este amistoso beneplácito me guía de su diestra, desde las márgenes del azul y sereno Mediterráneo, desde el vergel ubérrimo que florece con rosas de abril y otras flores cuando el resto de la península se cubre con las nieves de la invernada; desde la tierra en cuyos pagos se dan las uvas moscateles y el vino para consagrar, hasta el solemne estrado de la Academia. Ya estoy en él, gracias a todos, y a todos van, en este instante, aunque perduren sin discursos, las locuciones expresivas de mi gratitud. Aún ignoro si podré servir para algo de utilidad en la Academia; que si como son mis anhelos fueran mis dotes literarias, es seguro que ni el más hondo en el pozo de su cultura ni el más afluente en sus veneros rendiría servicios tan esenciales a la puridad del lenguaje y a la riqueza de su léxico cual este escritor que ahora os habla. Pero harto haré si contribuyo con la aportación de vocablos y de modismos andaluces, en particular los vernáculos de la tierra de donde vengo. Perdonad, pues, cuantos me escuchan, la parvedad de mis recursos en gracia al favor generoso de mis amigos y maestros, y a vuestra merced de escucharme.

Si la premática hace ley, y los recipiendarios han por costumbre la de enaltecer, en el acto de la posesión académica, los títulos y méritos de su ilustre antecesor, ínsita ofrenda de admiración y cortesía, como laurel en un sepulcro, homenaje que entraña, sin egoismos, la tristeza que nos agobia por la pérdida que supone para las

letras de la patria el varón a quien sucedemos, ¿qué diré yo, por mi fortuna, cuando he de hablar de un académico *in corpore inse-*
pulto, que es caso insólito en solemnidad de esta índole? Sube Jacinto Benavente desde el sitial, para mí cumbre, para él escabel o tarima, a puesto de honor, único en la Academia, segundo trono de su gloria. El primero, ya lo sabreis, es el tinglado de la farsa.

Quisiera entreteneros unos minutos a propósito del maestro; pero, ¡por Dios!, no os alarmeis. Con mis palabras no pretendo emular a aquel poetastro que, para narrar los azares de la guerra de Troya, comenzó a hablar de Helena, cuando la heroína que fué, después, esposa de Menelao, andaba a gatas; así como otro, que yo recuerdo por los lustros de mi mocedad, que en la urbe donde nació, dió —¡jaciaga noche!— en cierta insignic y venerable Sociedad de abolorio no literario sino científico, lectura a una conferencia rimada en sáficos y adónicos, con numerosos apartados, cada uno con el título de su especie, y el unitivo y alarmante de *La Creación*. Pues bien, el poeta, cuando ya llevaba dos horas encocorándonos a todos, y había relacionado líricamente cuanto se narra, o se describe, en la primera parte del *Pentateuco*, al anunciar con gestos trágicos temas para nosotros consoladores, como el Diluvio, como el Caos y otras calamidades de este jaez, nuncios del final del poema, ya abotonados los gabanes, requeridos los tapabocas y las manos propicias al obligado aplauso de cortesía, el lector, que era un sabio de tomo y lomo, aunque Apolo no le llamase precisamente por su nombre para hospedarle en el Olimpo, ni para potar agua pura de la fuente Hipocrene, ni para el gozo y el retozo de las sagradas musas, volviendo la página escrita que nosotros creimos, en nuestra inocencia, la última, alzó como en triunfo ante nuestros ojos atónitos las muy abundantes cuartillas que aun le quedaban por leer y exclamó con acento majestuoso: ¡*La Aurora Boreal!* Entonces, la mayor parte del auditorio se levantó de sus sillones y tomó las de Villadiego renunciando pávidamente a lo que viniera después. No; no temais que yo os vaya a discantar *La Creación*, ni que os hable de las sombras del Caos, ni que os historie el Diluvio Universal, ni que os describa cómo se produce el cromático y luminoso fenómeno celeste; que os quiero hablar de otro fenómeno que brilla y deslumbra en la tierra; y ya expresé de quien se trata.

Tanto se le ha estudiado, desde 1894, en que Jacinto Benavente estrenó en la Comedia *El nido ajeno*, que disertar sobre la signifi-

cación literaria del autor de *La noche del sábado*, y sobre la influencia de su dramaturgia en el alma del público es gastar el tiempo y la tinta, pues presumo, sinceramente, que no habrá nada nuevo que decir, porque todo está dicho del creador y de sus farsas. Claro que, todavía, exégetas y loaders se consagran a iterar con ponderaciones o a justipreciar con sindéresis la obra que alumbró medio siglo y perdurará tantos como los clásicos que prestigian el XVII, pues solo con Lope de Vega, con Calderón, con Tirso y con Moreto es dable y lícita la comparación cuando del autor de *La Malquerida* se trata. Y ya que hemos nombrado a los inmortales poetas de la gran época de España—naturalmente, aludo al apogeo de su literatura—, séame permitida una observación no expuesta en deslustres de aquellos, por deducción comparativa, pues no aspiro con parangones a valorear, entre hipérboles, la ingente labor literaria del que escribió *La escuela de las princesas*. La observación es como sigue: En la centuria XVII, Lope, Calderón de la Barca y sus discípulos y epígonos—no he de nombrar a tantos como se pueden citar aquí— no se encontraron con más de una docena— y aun me parece hartó el numerar hasta doce—de argumentos originales que llevar a las tablas. Si alguien recuerda, con cierta amplitud de lecturas, los asuntos que escenifican—en lo esencial del tema, que no en los modos—los comediógrafos de antaño, verá que se reducen a variantes sobre el honor caballeresco y el conyugal con sus secuelas, a la integridad democrática de la autoridad en persona, ora en las clases linajudas, ora encarnada en un alcalde tan modesto como celoso del respeto que se le debe al bastón borludo que blande; a los sutiles discretos en versos floridos y cultos—e inverosímiles, a veces, en los labios de donde manan— de damiselas y galanes; a los conceptos donairosos—donairosos para su época—de los pícaros y criados; al echar roncas y porvidas y airear la tizona con aposturas de valentón, y el esgrimirla contra el rondador de su dama, o por más livianos motivos que el del honor o el de los celos; a blasonar de espanto de la morisma, o de alférez con Sancho Dávila, en las tierras de Italia y Flandes; o por la mar con la *Invencible*, o en las jornadas contra el turco; y el mundillo de personajes hecho de dueñas quintañonas, de padres inflexibles—¡qué pocas madres con la ternura humana que las sublima en la realidad aparecen en el teatro clásico!—, de graciosos, rinconetes y cortadillos, de espetados comendadores, de jueces y escribanos de mangas verdes, y de golillas sobornables, de embozados conquistadores de niñas discre-

tas o bobas, amén de otros cuantos modelos—no muchos ya— con que la escena trasuntaba en retórica a los humanos de aquella edad, o las pretéritas entresacadas de la Historia, de la Tradición, y del vulgo. Por aquel tiempo, España era gran nación, todavía; mas, la Humanidad, al contrario, era más pequeña que ahora. La Humanidad del siglo XX ofrece al dramaturgo y al novelista un manantial de asuntos desconocidos por Lope de Vega y Moreto. Hay un caudal de personajes, de conflictos, de situaciones creadas por los usos y las costumbres de nuestra edad y su dinámica, con los que no pudieron soñar ni Lope ni Calderón. Pues Benavente los ha estudiado todos y los ha puesto sobre las tablas españolas; y no solo con método que dijéramos unifacial, sino tratando el propio asunto en varias obras y con soluciones distintas, en consonancia justa con los ambientes donde las acciones ocurren. De aquí que yo me atreva —sin mengua, insisto, y sin desdoro para nadie— a reputar la dramaturgia de don Jacinto Benavente como la más... ¿qué le diremos?... universal de nuestra escena desde los lustros iniciales del Teatro Español hasta hoy; y que me perdonen los clásicos... de la actualidad.

Ya conformes en la calidad literaria del autor de *La Malquerida*, que igual asombra al auditorio con una escena sesperiana de *La noche del sábado*, que nos mueve a sonreír con el alarde de femenil psicología de *Cartas de mujeres* que nadie supo trazar con tal gracejo sin subrayados y buida intención; que coloca sobre el tinglado de la farsa toda la vida de una época desde el sainete y la comedia, al drama rural, y al portento de *Los intereses creados*, en el que los actores son dominguillos, pero no como títeres arbitrarios sino humanos como nosotros; y a la tragedia antigua que no se viste con el xitón de airosos vuelos, ni calza los coturnos con que se aupan los protagonistas de Eurípides, sino con vestidos pardales, y en la que no se invoca, con parlamentos deprecatorios, a los dioses que rigen las leyes del mundo, sino con palabras prosaicas, en el idioma simple de los labriegos de los terruños castellanos, pero con personajes de tal enjundia y humanidad, que no es Esteban, ni son la Acacia y la Raimunda de menos fibra trágica que los héroes del *Alcestes* y la *Medea*; doy fin al panegírico del más prócer de los literatos modernos, capaz de medir su figura con los más fecundos y célebres de la antigüedad española; que no porque el maestro que diera vida a *Pepa Doncel* y creara *La losa de los sueños* y otros felices arquetipos de dramaturgia sea, corporalmente, de escaso ta-

lle y ande un poco a saltitos como los pájaros, deja de ser tan retallado como nos pintan a los genios y tal como se erigen en las estatuas sobre plintos y pedestales; que a él pudiéramos, en justicia, dedicar sus contemporáneos los cuatro versos que escribiera para el ruiseñor de Granada el poeta inmarcesible de las *Doloras*, que en estos instantes memorio y voy a aplicar al maestro de *La noche del sábado* y otras noches de gozo y honor para España; y que dicen de esta manera:

*Tanto aumenta la gloria su estatura,
que a este genio gigante
le llamarán el «Grande», allá en la altura,
Shakespeare, Ariosto, Calderón y el Dante.*

* *
*

Mas, al llegar a este remate del habitual introito, que pergeñé *crassa Minerva*, con auxilio de mi memoria y validado por los versos de don Ramón, dícenme al paño:—Tiene usted que hablar del que, en suma, fue su antecesor en la silla que, por merced, le corresponde; pues don Jacinto Benavente no la ocupó; y se trata del gran polígrafo Menéndez y Pelayo.—Quédome absorto y boquiabierto de sorpresa, pues la necrología protocolaria exige de mí parencreisis a que no he de osar, lo que es obvio. Cual espectador que se sienta en la butaca de un teatro, yo he podido hablar—y es agible—de don Jacinto Benavente, autor de comedias y dramas, aunque desbarre; mas no puedo intentar la aventura de hacer lo propio con el de obras ajenas a mi mezquina facultad literaria. Lo que, a propósito de don Jacinto Benavente es, en mí, irreverencia sería, aposta, profanación o sacrilegio al tratar de don Marcelino, aun discurrendo en idemista. Del maestro por antonomasia no puede opinar un humilde novelador, que se encarama a esta tribuna, en coincidencia de bondadosas voluntades. Del autor de *Horacio en España* no ha de disertar el primero que llegue hasta aquí sin bagaje de erudición y sin más títulos que su elección para la silla que él ocupara tantos años, aun pareciéndonos tan breves, sino la Academia en conjunto; que no ha menester menos la alta memoria de aquel asombro de la crítica, paladín y custodio de la cultura del mundo español. Y pues tiene sus doctores la Iglesia, sea la docta Corporación, con sus doctores, la que organice el homenaje en pro

de la eterna memoria del que escribió, para enseñanza del espíritu humano, libros tan hondos; que el acólito solo hoy sirve para incensar, decir amenes y preparar las vinajeras del celebrante; y aquí estoy sin sobrepelliz. La casulla vístanla aquel, o aquellos a quienes cumpla, que a mí me viene holgada sobre los hombros

Con decisión del tal propósito pensé hasta en la renuncia—os lo afirmo con sinceridad— de mi cargo; o en aplazar esta lectura del ineludible discurso *ad kalendas graecas*, no obstante el sacrificio doloroso de mi modesta vanagloria; pero el que aquí todo lo puede —diré mejor: todo lo sabe—me sugirió: «Como es preciso que el recipiendario dedique unas palabras a su antecesor, y comprendo sus escrúpulos, hable, entonces, no de la labor crítica y erudita del gran Menendez y Pelayo, sino de sus versos.» Arquímedes, por la pluma del que dirige la Academia Española, trazó la pauta para sacarme del apuro. Yo conservaba entre mis libros, en la sección de poesías, las de Menendez y Pelayo, y en la memoria algunos versos, que leí cuando mozo, mas, os declaro, sin estimación de su númen.—¡Versos de sabio! —díjeme. Por entonces, mis predilecciones poéticas se orientaban hacia otros vates y se me embrujaba el espíritu con las *Leyendas*, de Zorrilla; con las estrofas de *Un Idilio*, de don Gaspar Núñez de Arce, y con *Las tierras llanas* de su discípulo don Emilio Ferrari; con las *Doloras* y con los *Pequeños Poemas* de Campoamor, con las *Rimas* de Querol y de Becquer. Regocijábame releer *La caja de música* de Ricardo Gil. Me aplacía sentirme deslumbrado por los diamantes del estilo de Manuel Reina y por los colores coruscados del autor de *Piedras preciosas*, mi paisano Salvador Rueda. Pero acogí la iniciativa de mi Director cual un áncora y apechugué —¿qué otro remedio?— con las *Odas*, *Epístolas* y *Tragedias* del sapiente don Marcelino. Leí el prólogo del maestro de *Pepita Jiménez*, con suspicacias que acrecentaron sus reservas. Achaqué los requiebros sutilizados a la amistad que profesábanse, y me dispuse a la tarea. Un mucho libre del ensalmo de las lecturas moceriles, sentí en el alma el primer gozo con la del soneto que abre la colección, *Soneto-Dicatoria* a cierta dama, musa de carne y hueso, a creer a don Marcelino, y a la que cела en el anónimo:

*A tí, de ingenio y luz raudal hirviente,
de las heléas Gracias compañera,
de mis cantos daré la flor primera:
cobre hermosura al adornar tu frente.*

*No de otro modo en bosque floreciente
rudo y sin desbistar el leño espera,
o el mármol encerrado en la cantera
el sabio impulso de escultor valiente.*

*Llega el artista, y la materia rinde;
levántase la forma vencedora
del mármol que el cincel taja y escinde:*

*Corra, en la piedra, de la vida el rio:
Tú serás el cincel, noble Señora,
que labre el mármol del ingenio mio.*

Tras el postrer endecasílabo me había reconciliado con el poeta. Los versos del *Soneto-Dedicatoria* no eran enfadosos versos de sabio sino de lírico excelente, de inspiración fresca y donosa y de flúida y rara facilidad. En esta cualidad del erudito cuando dialoga con las Musas, y que tengo por meritoria, halla Valera, a mi juicio con parcialidad, un defecto de los que tilda a nuestro vate. «Los versos de Ménendez y Pelayo —asegura con cierto aire de domine con disciplinas— pecan de sobrados fáciles. El poeta halla en seguida la expresión: no trabaja, no lima, no pule. Todo parece escrito al vuelo. El estilo corre mucho. Yo echo de menos el esfuerzo. Yo quisiera que Menéndez Pelayo, cuando escribe poesías, fuera más premioso». Y ¿por qué? ¿Es que al soneto que acabamos de reproducir le falta pulimento? No lo supongo. En cambio, el propio autor se allana humildemente al juicio de don Juan, en una carta —que figura en el *Epistolario* que editaron Artigas y Sainz Rodríguez—, con la data de 1881, y en donde afirma: «Tiene usted razón, mucha razón. Yo conozco lo mucho que hubieran ganado mis versos con salir más difíciles y trabajados; pero hay algo en mi índole literaria que me aleja de la perfección por la facilidad misma. Y esto, a veces, me desespera por lo mismo que siento y admiro la perfección en otros. Así y todo hago esfuerzos por corregirme, sobre todo en los versos, a los cuales tengo más amor que a la prosa». Por cierto que, en otra página anterior del *Epistolario*, asegura don Marcelino: «En el tomo de mis versos que va a publicar Catalina predominará lo erótico». ¡Este ingenuo y glorioso don Marcelino les llama eróticos a los desahogos más cándidos sobre el amor que se han publicado en España!

Perdonadme el inciso, pero no quiero abandonar el tema de la

facilidad poética sin mostrarme en absoluto disconforme con las opiniones de entrambos. La facilidad cuando es innata únicamente puede constituir gravísimo defecto, porque impele, al versificar, a incurrir en deplorables nonadas y a verterlas en lugares comunes; pero cuando es producto de intensa y profunda cultura, como en el caso venturoso de don Marcelino, la facilidad es un don puro de los cielos. Y que me absuelvan las imperecedoras sombras de ambos magnates literarios si discrepo de su mútua opinión.

En ese volumen magnífico que, para el que esto os dice, no tiene más defecto de algún realce que el de ser de Menéndez y Pelayo —ya que el otro volumen de su saber obscurecía cuanto no fuese el fruto crítico de su inconcebible sapiencia— se incluyen poesías de excelso numen que harán inmortales los siglos, no obstante el parvo aprecio con el que fueran acogidas al punto de su aparición. Mas, si no sus contemporáneos, la Posteridad, no se dude, grabará en oro sobre mármol del Pentélico o de la Ausonia un buen porqué de poesías del polimático maestro. ¿Es que existen muchos poetas, cñome solo a los hispanos, con capacidad lírica suficiente para escribir, va por modelo, *La galerna del sábado de Gloria*, aquella maravillosa y emocionada composición que da principio con estos versos que, es seguro, conocerán cuantos me escuchan:

*Puso Dios en mi cántabras montañas
auras de libertad, tocas de nieve
y la vena del hierro en sus entrañas;*

o el otro inimitable soneto con que su pluma enriqueció el álbum de la Condesa de Guaqui, que Marañón estima—considerando a don Marcelino cual óptimo poeta—la mejor de sus poesías, y que me atrevo a recordaros:

*Con larga mano te otorgó, Señora,
virtud, gracia y nobleza el alto cielo:
es tu casta hermosura rico velo
digno del alma regia que atesora.*

*Tú del místico fuego guardadora,
del desvalido perennal consuelo
pasas, haciendo bien por este suelo:
la santa caridad tu techo mora.*

*Prez y decoro de tu estirpe clara,
luz de tu esposo, gloria de tus lares,
más que por timbres cien, por ti soberbios,*

*el sabio Salomón te comparara
a la amante mujer de los «Cantares»,
a la fuerte mujer de los «Proverbios»..?*

Sobre la *Elegía* que dirige Menéndez y Pelayo a una dama que ha perdido a su hijo, dice el propio don Juan Valera: «Lea esta composición quien tenga alma y su voz se pondrá trémula y las lágrimas se agolparán a sus ojos». Es, en efecto, esta *Elegía a la muerte de un amigo*, horra de patopeyas pseudo románticas, tan al gusto de los poetas al uso del duque de Frías y otros vates arrebatados por su dicción, pieza admirable transida de tristes recuerdos y de cristiana y dolorosa serenidad. Estareis de acuerdo conmigo al evocar la silva inicial:

*¿Por qué dicen, Señora,
que es el dolor la tierra conquistado
por el moderno reflexivo numen?
¿No hay lágrimas de ardiente poesía
hasta en el polvo más menudo y leve
de los sagrados mármoles de Atenas?
Hoy mismo ¿quien podría
llenar las soledades de tu alma,
con voz más empapada de consuelo,
présaga del dolor de otras edades,
con que Menandro repitió en la escena:
«Joven sucumbe el que los dioses aman?»*

¿Quien pudiera alabarse de haber escrito, con aquella dócil e inigualada facilidad con que la pluma obedecíale, una *Epístola* como la que el maestro dedica al cisne de Venusa? Afórtunadamente, varios antólogos—ya conocemos cual se acopian, y se copian, que es lo más triste, tales florilegios, no siempre de selección—han incluido, bien que cabe a arquetipos harto vulgares, a las veces innovadores, que traen a los labios el *Eheu, fugaces* del gran poeta al que rinde sus parias don Marcelino, la admirable *Epístola a Horacio*, que ha de descollar, con el tiempo, sobre otros mélicos dechados que se tienen por inmortales. Ya supondreis que me

refiero a la *Epístola* en verso libre que comienza con estos endecasílabos:

*Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino:
en sus hojas doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares
a la censoria férula sujetas
vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores;
en mal latín sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes.
Todo pintado con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algun ocioso en solitarios días
trazó con tinta por la margen ancha
del tantas veces profanado libro.
¡Y ese libro es el tuyo ¡oh, gran maestro...!*

¿Recordais cuanto y como, a propósito de aquel vetusto ejemplar de los *Cármenes* y las *Odas* de Horacio, no salido de las prensas del veneciano Aldo Manucio ni de los de la prole elzeviriana, sino de cierta humilde tipografía oscense, escribió el autor de *Las ideas estéticas en España* en celebración de su ídolo? Se hace mención en tal *Epístola* de todo lo que cifra, compendia o surge de las lecciones horacianas, e íntegro Horacio vive en ella. Así es que, sin desdoro de nuestros líricos —aludo a los más encumbrados—, me atrevo a iterar que no existe en nuestro magno Olimpo del XIX— y no hay que apuntar si en el de ahora—paradigma de plectro de la cultura, la inspiración y la solercia que tan a paladinas se testimonian en ese derroche mirífico de la *Epístola a Horacio*. No era el más prócer de los literatos de España, un poeta entre otros, sino un poeta merecedor de los laureles de Quintana, Zorrilla y otros varones consagrados al arte de las *camenas*, en especial de la que simbolizan los artífices de la plástica y los manejadores de los pinceles coronada de mirto y rosas.

Mucho más podría haceros observar aun, en relación con esta peculiaridad de Menéndez y Pelayo; pero la extensión que *calamo currente* —y aquí reza conmigo la facilidad de los indoctos— voy

dando a este trabajo, un si es no es académico, impídemé continuar; y eso ganarán mis oyentes. Baste, pues, lo antedicho para rendir justo homenaje a mi glorioso antecesor.

* *
*

Ya elegido académico numerario de la Real Española—lo fuí hasta ha poco en propiedad correspondiente por la región de Andalucía, en la vacante que dejara al fallecer Salvador Rueda, de quien hablaré luego—pensé en el tema a desarrollar en el acto ceremonial y posesorio. Discurrí, entonces, y me dije: ¿De qué he de tratar si no soy orsado en filológica y, a más de ello, ¿cómo aventurarme a discurso sobre orígenes del lenguaje ante el preclaro presidente de la Real Academia, doctor eximio y autoridad indiscutible en tan arduos estudios? Me libré, al punto, de la tentación de otros temas ya glosados por múltiples académicos desde esta gloriosa tribuna, verbigracia: el influjo del castellano en las letras del universo, interpretaciones cervánticas, calderonianas o lopescas, y algunos más que no es discreto emprender sin ideas originales emanadas de sus lecturas. Se me vino a las mientes, en un relámpago de lucidez, la anécdota atribuida al gran pintor Apeles, en la que un zoilo zapateril halló reparos a la crépida que acababa de pintar el maestro, y éste, sumiso, los corrigió sin objeciones; mas, como quiera que alentado por aquel triunfo podológico, pretendiera hacer nueva crítica sobre otros pormenores de la pintura, le atajó Apeles de este modo: *Ne, sutor, ultra crepidam*, que equivale a *Zapatero a tus zapatos*. Esta frase, si no es apócrifa, vertida al latín desde el griego por Plinio, sugirióme materia prima para mi discurso de hoy.

Yo he sido encumbrado a este puesto por manuscibir invenciones con escenarios andaluces, en particular los de Málaga. En tales novelas evoco costumbres y dicciones de Andalucía. ¿Por qué no, pues, hablaros del costumbrismo de los literatos oriundos de mi ciudad? En Málaga florecieron y florecen—unos, vecinos de la perla mediterránea y otros en Madrid—escritores dignos de mención y de loa. Algunos alcanzaron la justa y magna celebridad que merecieran, y los más no pasaron de sus confines, como Juan José Relosillas, el más donoso, sin disputa. ¿Quién ha leído a Relosillas? Tal vez, algún paisano, si entre los libros que heredó de su padre se halló un volumen, de tosca impresión tipográfica, que no invitaba a la lectura, apolillado y polvoriento, en cuyo lomo se leía cual-

quiera de los títulos de su invención. Pero aun no es instante oportuno de hablar extensamente de Relosillas; y digo hablar, pues no pretendo hacer el estudio o la crítica de una docena —tal vez, larga, cual docena de fraile— de ingenios propios dedicados al costumbrismo; sino referir, con sus letras, sus nombres en tributo de admiraciones y de gratitud, sobre todo, ya que aprendí sobre las páginas de estos autores malagueños a echar mis peñoladas, con el propósito de copiar giros peculiares y costumbres de nuestra tierra, siguiendo tras los pasos, aunque a distancia, de Estébanez y Relosillas.

En cierto prólogo que puse a una novela de mi traza, diserté un poco, y a la cuenta de los costumbristas locales; con sinceridad: enfadado, aunque no mucho—es lo verídico—de la perseverancia con que la crítica al hablar de mis obras catalogábame no cual a un autor de novelas, español, sin más adjetivos, sino malagueño; y no piensen que lo de malagueño me disgustaba, ya que no ha de dudar nadie de mis amores al pedacito de la tierra donde nací, sino al propósito de amenguar aun más de lo justo mi condición de novelista.—¡Es un novelista de... Málaga!—Era la intención, a las veces, sin acritud mortificante, una especie de *capiti diminutio*, usado conmigo, y con otros. Yo soy un novelista, pero de España; y luego andaluz, malagueño, y de la humilde calle de Nuño Gómez. Pero de España. Bueno, malo, mediocre, o como sea, pero de España, y descendiente, sin mixturas de extranjerismos, de la estirpe de novelistas españoles que en Alarcón se inicia, con sus novelas que no citaré por nombradas. Descendiente no es heredero. Conste así, pues. Y ahora, señores, permitidme que copie párrafos que escribí a cuenta de mi enojo, extinguido en su efecto, mas no en su causa:

«La Puerta del Sol es teatro de centenares de novelas, y está descrita de mil modos; y yo, andaluz de origen, no vivo a gusto sino entre pámpanas y olivos, reflexionando que es más útil hacer el mapa novelesco de los usos y las palabras, las personas y los paisajes de la ibérica variedad, que no mojar la pluma, cual hacen muchos, en el pilón de la Cibeles, símbolo de madrileñismo. Además, que esto de hacer obra de la región o de la aldea es arte más sencillo, de menos grados, que inventar una historia de los Madriles, porque la gente es más abstrusa, de más honda psicología, si ha nacido en la calle de Cuchilleros, y describir, pongo por punto, la Castellana no es tan fácil como el Generalife, los Altos Hornos, el

Micalet o las mariñas. Por algo, en la escala plumífera, los novelistas regionales se consideran por los críticos como productos inferiores, aunque un prejuicio se rebelé contra esta clasificación: el de que la insigne polígrafa que trazó *Los pazos de Ulloa*, lo que hizo mejor, sin distingos, fue la novela de Galicia; y don Vicente Blasco Ibañez, muy famoso por las de guerra, cuando merece tanta gloria no es escribiendo para el mundo, sino en *Cañas y barro* y en *La Barraca*; y el gran Pereda es un gigante si se le ve *Peñas arriba*; y las paisanas de Valera, Juanita y Pepita, en la prole del maestro egabrense son arquetipos de donairosa humanidad. A mi memoria acuden nombres y títulos—solo de España, cual los otros—para reforzar este aserto que se ha llamado prejuicio con evidente buen humor. Aquí están: don Armando con su obra cumbre, que es *La aldea perdida* por las Asturias; y el de *Clarín* con *La Regenta*—¡aquella Vetusta romántica!—; y el de Oller con *La mariposa*, y el de Miró, con sus paisajes tan hondamente levantinos...»

«Pero el cantar es otro, que no está el toque en ser escritor provinciano, sino en vivir en la provincia, en no exhibirse en los estrenos, en no parecer por las peñas donde se fraguan y deshacen reputaciones a porrillo, en no asomar la efigie todos los días en las planas de los periódicos en posturas interesantes, o la firma al pie de unos párrafos en elogio de algún colega, porque así, a toma y daca, se van juntando los ochavicos del renombre en la hucha de la gratitud. Convengo, pues, en que lo útil es que el novelista traslade, no sus asuntos, su persona y sus bártulos a Madrid; aunque lo mas digno es lo otro: que Madrid vaya al novelista.

«Firme en este criterio de lo centrígufo—que en mí es dilección andaluza—y aun a trueque de seguir siendo el palurdo que se atolondra ante el tumulto de la Corte, me dediqué con alma y vida a elegir escenarios para otros libros. Esta mágica tierra de donde soy se ve de lejos—sobre todo si se mira desde las Ramblas o desde la Puerta del Sol—como una entidad uniforme y es, sin embargo, la más rica en costumbres y caracteres de las regiones españolas; porque el andaluz de Sevilla es distinto del de Granada, y el espíritu malagueño desemejante al gaditano, y un hombre, un paisaje, una vida oriundos de un pueblo de Huelva, en nada se parecen a otros ejemplos que estén en los pagos de Córdoba.»

Ya pasó todo. Tras los lustros, con los libros y con las canas, acudí a Madrid en persona aunque dejándome la pluma en mi mesita de trabajo, llena del sol de Málaga y a diez metros, o pocos

más, del rebalaje donde los marengos se afanan halando los cables del copo, y entre los floridos jardines de la Caleta.

* *

El costumbrismo, entre escritores andaluces, si se ha de llevar al teatro, al romance o a la novela, no ha de copiar únicamente usos, costumbres y modales, danzas y vestiduras de lo copiado, sino toda su etografía, y en ella se integra la índole. Nadie ignora que la andaluza propende al humorismo, y en hartos lances menos aun: a la humorada; pero, ¡cuántas diferencias en lo etográfico! Como advertí líneas arriba, todo, en lo que parece, visto distante, uniformidad etológica no lo es así sobre el terreno, pues son, a través de la lupa—y perdonad el galicismo—de la observación, tan disímiles los caracteres esenciales que nos incitan a extrañeza y, en ocasiones, al asombro. El donaire del malagueño—ya lo saben cuantos me oyen si han recorrido Andalucía—es un complejo equidistante de la grave zumba de Córdoba y de la finura de Cádiz. Complejo, también, por los cruces con extranjeros, sobre todos, de la rubia Albión, que llegábanos, al olor de los vinos y de las pasas, cuando eran las solanas de las Riberas, en especial de la Cortina, y los opimos Verdiales, y los pagos de las alturas, y las vegas del Guadalhorce, en diez leguas a la redonda, tierras en que Dionisos pudo a sus anchas correr entre las vides con sus bacantes, como en la isla de Naxos. No es en la mapa—que por allá decimos—de «la manteca» la expresión del malacitano. el florear garboso del de Sevilla, ni el chiste pachorronto y un tanto irónico del habitante de Granada. Obvio es mentar que si hay un dicho que nos advierte a paladinas que en todas partes cuecen habas, habrá que añadir este otro, impugnación de las locuelas, o modos de hablar, de los jándalos:—¡Cuando un andaluz es patoso...!—He de confesar que así ocurre, por excepción, naturalmente, pues la facundia del espíritu, el gracejo de los decires, las comparaciones ilógicas, la fonética y la sintaxis constituyen características, harto explotadas en la escena y en los romances cultos y populares.

Expuesto lo cual, sin propósito de aparecer ante vosotros como zahorí mediterráneo, permitidme que me consagre a la médula, ya enunciada, de mi discurso, que es hablaros, sin la extensión que el tema exige pero las circunstancias de tiempo y lugar védanme; pues no aspiro a emular a aquel poetastro que empezó en el huevo

de Helena para cantar el zipizape de la guerra de Troya, ni aun a aquel otro de *La Creación*, tan pesadote; sino a hacer un compendio de costumbristas que con propensión y sindéresis, y lo natural de su gracia, y sus dotes observadoras perpetuaron la nativa peculiaridad malagueña; amén de algún otro terrígeno de las costas donde se pescan los sabrosísimos chanquetes, que copió las costumbres de Andalucía sin situar sus personajes en el Perchel, pongo por barrio.

* *
*

Don Serafín Estébanez Calderón, que hizo popular el pseudónimo de *El Solitario*, no sin que usara antes el de *Safinio*, nació el último año del XVIII, en la ciudad de Málaga, aunque hay quien cree, merced a ciertos datos confidenciales, que si fué en ella bautizado, abrió los ojos a la vida, no donde expresa su biógrafo y pariente —sin que yo tache el parentesco de confuso, como hay quien asegura—cabe las lindes de Casarabonela, villa de Álora. Pero yo me atengo a mis clásicos y le reputo malagueño y no *perote* o alorense, respetando, cual es de lógica, la afirmación de Cánovas del Castillo; pues lo esencial de su existencia no es la ciudadanía, siendo de Málaga—pueblo o ciudad—la que me induce a su inclusión en este rápido nomenclator de costumbristas, sino los primores de estilo de sus *Escenas andaluzas*.

Tan gayos son—afirma Cánovas en *El Solitario y su tiempo*, y a tal estudio habremos de referirnos más de una vez, pues constituye la más extensa biografía de su pariente—«que entre los prosistas castellanos poquísimos le igualaron durante nuestro siglo de oro; y si alguno le superó entonces, no tan solo no le ha superado nadie, sino que, para mí, ninguno le ha igualado después. Tampoco creo que en la pintura de las costumbres populares haya escritor extranjero que le aventaje, y ambas cosas juntas bastan y sobran para hacerle digno de cualquier otro privilegio que a la memoria de otros se otorgue».

«Quiero observar de paso—afirma Cánovas del Castillo, en la página 52 de su obra—, que mientras la gente grave hacía escasa estima de su poeta, y la población, en general, mucho más agrícola, industrial y comercial también que literaria, le ponía algo en olvido, indudablemente daba él ya, por su parte, a la ingrata patria, lo que ella no había gozado hasta allí jamás, es a saber: una

representación eminente en las letras nacionales. Mentira parece, y es innegable. Aquella tierra apacible que, con sus vides y sus higueras, sus olivos y algarrobos de verdura eterna, con sus ríos secos y polvorosos, salpicados de floridas adelfas, con el mar cristalino y suave que acaricia más que moja sus playas, con su suelo y su cielo, en fin, recuerda a cada paso la cuna antigua de las Musas y el hogar favorito de los dioses inspiradores de Safo y Anacreonte, no había engendrado desde la reconquista cristiana, hasta que nació Estébanez, ningún autor de obras de imaginación que mereciera su alta fama».

Es posible que don Antonio exagerara algún tantico el valor, que yo no discuto, de su cognado, por razones de admiración y parentesco; pero sí es notorio que Estébanez fué un escritor de gran valía que tiene en su haber literario la prioridad contemporánea del costumbrismo. Digo contemporánea porque ya fueron costumbristas don Juan de Zabaleta, que dió a la estampa, a mediados del XVII, *El día de fiesta*; y otros: como Cervantes, en *La Gitanilla*; y Quevedo, y Vélez de Guevara; y aquí hago punto, por no citar a los que acuden a mi memoria y a mi pluma, como el autor de *El Lazarrillo*, Mateo Alemán, y el rondeño Vicente Espinel. Lo inconcuso es que fué Estébanez, en síntesis, el que dió vida a un género ya anticuado, afirmación que se demuestra, como entre jugadores, cartas arriba. Y estas cartas a las que aludo no son naipes retóricos, sino cartas: las *Cartas Españolas*, cierta revista efímera que estuvo en auge de mediados del treinta y uno a los prematuros finales del treinta y dos del XIX. Allí, en las *Cartas Españolas*, vino al mundo de la lectura el primordial artículo de costumbres con la firma de *El Solitario*, y allí siguieron publicándose los demás que forman el tomo de las *Escenas Andaluzas*. Posteriormente, y en las *Cartas*, surgió otro costumbrista tras el pseudónimo de *El Curioso Parlante*, que ya sabeis que fué Mesonero Romanos; y algo después —fué por agosto del treinta y dos— no en tal revista, sino en cuadernos, los de Larra.

No está en mi intención esta tarde pergeñar una biografía del restaurador ilustrado de las *Escenas Andaluzas*—y, por sinécdoque, españolas—, ya que no aspiro únicamente sino a señalar su existencia en el campo del costumbrismo. Pasaré por alto sus versos, donde *Safinio* canta a Elisa, aunque, ya, con el alias de *El Solitario*, casi siempre en romances, sus esperanzas, sus anhelos y sus venturas; los bosquejos históricos, las leyendas del Generalife y la

Alhambra y—*horresco referens*—Eneas no me castigue por la cita que Virgilio puso en sus labios—un *Manual del oficial en Marruecos* y otro sobre *Administración*, que son cual evidencias proteiformes de su talentosa cultura; pues solo habré de concretarme a lo que es tema del discurso; ni de su carrera política, ni de sus malandanzas y sus honores. Por excepción, diré que obtuvo un cargo oficial que es el símbolo de lo sávido de su índole: el que se vió asistido de tantas sales fué Arrendador de las de España, de las de cloro y sodio que utilizamos para sazonar los manjares, no de las metafóricas. Y ya expuesto tal apotegma de salinas, y concorde en mi simple, pero segura, opinión sobre *El Solitario* con lo que de él expuso don Juan Valera, le retrataré con palabras del maestro egabrense, que nos explican cuanto yo pudiera deciros, aunque no en tan agudas ni de tan lógica autoridad; y por lo tanto, más que recamar la perifrasis de su propio juicio, copiaré el suyo, y eso ganarán los oyentes. Dice don Juan:

«Así como *El Curioso Parlante* escribía escenas matritenses, hubo también otro escritor que, de la misma manera, esto es, en breves cuadros y también con un pseudónimo, pues se firmaba *El Solitario*, no eran, ni con mucho, tan generalmente leídos y celebrados como los de *El Curioso Parlante*. Sin embargo, los de *El Solitario* merecen, sin duda, mayor atención por parte de la crítica, y ocupan, en nuestro sentir, más elevado puesto en la historia de nuestra literatura. Don Serafín Estébanez Calderón fué uno de los más originales y peregrinos ingenios que en la primera mitad de este siglo han florecido en España. Sus gustos, sus estudios, sus aficiones, su manera de ser en todo y hasta su manera de andar, de hablar y de pronunciar lo que hablaba, hacían de él el español puro y neto y exento de toda mezcla, con sus ribetes, puntas y collar de andaluz chistosísimo. Era hombre de feliz memoria y de variada y extensísima lectura; pero todo lo que sabía quedaba como en sombras y en segundo término subordinándolo a su saber principal y predilecto, que era de cosas españolas, sobre todo de los siglos XVII y XVIII. Esta afición, este saber y el perfecto manejo y estudio de los libros de entonces, hubieran bastado a crear en él una segunda naturaleza, si ya desde *ab initio* no la llevara en sí, y a convertirle en un español de la mencionada edad. Aunque era algo lento y torpe para expresarse, su palabra y su frase, por lo mismo que salía como bala forzada, tenía más alcance y hería con mucha más fuerza que la de aquellos que escriben o hablan fácil-



mente. Así como muchos han formado su gusto y han creado su ideal literario en el estudio de los clásicos latinos y griegos, él lo había hecho estudiando a los autores españoles. Y esto con tan buen tino que había limpiado su ideal de toda mancha de latinismo exagerado que suele enturbiar a veces la tersura y naturalidad de nuestros autores del siglo XVI, y del culteranismo, que ensucia, afea y desluce las galas de los del siglo XVII.»

«Sentido esto profundamente por Estébanez Calderón, trató de hacer revivir nuestra lengua, valiéndose para ello de la imitación atinada y juiciosa de lo más selecto que hallaba en los antiguos autores. Tuvo también, no sabremos decir si reflexiva o instintivamente, la idea constante que han tenido en todas las literaturas los grandes maestros en el arte del buen decir: la idea de que la mejor escuela de la lengua está en los mercados, en los cortijos y en las reuniones de la gente menuda, donde se guardan vivas, briosas y con todo su valor gráfico, frases y palabras que los mismos académicos tildan, tal vez, con la nota de arcaicas, harto familiares o bajas. Así, pues, el afán de Estébanez Calderón fué el de resucitar en el lenguaje, hoy hablado, mucho de lo bello que se empleaba antes del siglo XVIII, y el de poner en lengua escrita y literaria los elegantes giros, frases y vocablos que copia de boca del pueblo y que conservan el sabor rancio y generoso y los aromáticos dejos de aquellos tiempos antiguos, como si fueran la soleira de un tonel, que estuvo lleno de añejo y exquisito vino. Claras se ven, por lo que queda dicho, la importancia y la trascendencia de la misión que tomó para sí *El Solitario* y también se ve clara la razón de su escasa popularidad.»

«Cada una de las *Escenas Andaluzas* puede y debe considerarse como un dechado de lengua castellana. Se diría que aquello no está escrito sino bordado y recamado; que es un primoroso mosaico de vocablos, frases y giros pintorescos; de suerte que para el que estudia la lengua es un grato modelo y para el que la ama un hechizo que le deleita.»

«En la descripción de la naturaleza exterior, así como en la pintura de la vida humana, es *El Solitario* digno de la mayor alabanza. Sus artículos sobre el bolero, la capa, la feria de Mairena, el *Roque* y el *Bronquí*, y no pocos otros, cuando hallan un lector atento y que sabe gustar y estimar lo que en buen castellano se dice, bastan a hacerle entrar en un mundo de encantos, lleno de regocijada aunque a veces algo truhanesca poesía, en ciertos extraños liceos y

academias, situados en el barrio de Triana de Sevilla o en los Percheles de Málaga, y a aprender toda la enciclopedia de artes y ciencias, vida, hechos y dichos memorables, *de los bien plantados, de los decidores de chistes, de los tañedores de vihuelas, de los lindos cantadores, de los montadores de caballos, de los llamados atrás, de los alanceadores de toros, y sobre todo de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada.*»

«La socarronería benévola con que *El Solitario* canta las alabanzas y refiere las glorias de su patria y de sus paisanos hacen también de las *Escenas Andaluzas* un inimitable modelo de esto que llaman ahora el estilo humorístico, con voz y concepto que se suponen venidos de Inglaterra, aunque en nuestro sentir nada es más propio y conforme a la índole de nuestra nación, donde siempre se ha empleado la palabra *humor* en idéntico o casi idéntico sentido, y donde ha nacido el más humorístico de todos los escritores: Miguel de Cervantes.»

Me ha parecido bien espigar de lo mucho y bueno que opinó el autor de *Pepita Jiménez* y perpetuó en su *Continuación de la Historia de España*, estos párrafos que os acabo de recordar, para que aquellos que no hayan leído las mentadas *Escenas Andaluzas* se den cuenta, por la autoridad de Valera y de Cánovas del Castillo, del alto valor que en sí lucen. Las *Escenas Andaluzas*, en general, apenas si colocan los sitios en los que suceden, o en los que se formulan los comentarios que inspiran las costumbres que se describen, en otro lugar que Sevilla; ejemplos: *Pulpete y Balbeja*, *Manolito Gazquez*, «rey y emperador de la inventiva, del múltiplo, del aumentativo y del pleonasma»; *La feria de Mairena*, *Un baile en Triana* y *Asamblea General*, entre otras. Aunque Cánovas del Castillo sugiera a sus lectores que las *Escenas* están influidas por recuerdos de los portales de la calle de Mármoles, o de la Victoria, o los de la Carrera de Capuchinos, que en su juventud frecuentara; lo evidente es que no hay ninguna en que se ponga a Málaga de escenario, como ya dije de Sevilla; sin que neguemos que su espíritu se inspire, en rasgos peculiares de donosura y léxico, en los de Málaga. Entre las *Escenas* vividas, según Cánovas del Castillo, está *El Roque y el Bronqui*, con pintoresca y prolija descripción de una chimenea andaluza en la casa de la Remedios, el magistral retrato de *Polvorilla*, que por su extensión no trasunto, que «era una jaca de dos cuerpos, bien ensillada, mejor empernada, y tomando tierra con dos dijes que no con dos pies, pues tan lucidos y bien

cortados eran»; y el cuadro de una bronca popular, «después de la última campanada del Rosario», en cierto pueblo del partido de Alora que no cita—como el glorioso hidalgo de Alcalá áquel lugar de la Mancha de que hizo indígena a su héroe, y del cual no quiso acordarse—con esta negativa jacarandosa: «Pero por una contrariedad que así nos cobijó al inglés y a mí, como cual ahora a mis oyentes, que no pueden instruirse de qué sean tales *juegos llanos*, no fué Alora el pueblo donde tal boato se preparaba; y que si se me obliga a que declare el nombre en cuestión, diré que no quiero, en prueba de la dulce amabilidad de mi carácter». Mas, así como se presume que *Don Quijote de la Mancha* era de Argamasilla, también el pueblo de *El Roque y el Bronqui* ha surgido de la obscuridad del anónimo en que el descriptor lo dejara, y es de suponer que se trate de Casarabonela; del que, tampoco, no por móviles cervantinos, quiere *El Solitario* acordarse, ocultándolo en el embozo de su capa azul. Lo cual dicho, y hecho con chafallos de críticas de Valera y de Cánovas, hago punto en este panegírico de homenaje al más insigne y donairoso de los autores malagueños, según Cánovas y Valera.

* *
*

De un costumbrista de la alcuña de *El Solitario* y de su parva reputación pasemos, ahora, a un dramaturgo que fué, en vida, el más popular y aplaudido; que disfrutó de sinecuras, de premios, de bandas, de cruces, que perteneció a la Academia y, en el último Gabinete de doña Isabel, fué ministro; pero que a pesar de sus dotes de autor de dramas trágicos, cual *Borrascas del corazón* y los de Historia convencional—sirva de ejemplo *Isabel la Católica*—, de comedias, y de sainetes en romances, que le valieron de peldaños para erigirse sobre todos, por su real e indiscutible capacidad para el Teatro, careció de acribología—propiedad en el uso de los conceptos y de pureza en el estilo—; y aunque compartió con Ayala, con García Gutiérrez y con Tamayo los favores del público, ya el olvido cubrió con un velo de sombras aquel resplandor de su fama. Con lo apuntado no se niega el valor de su ingenio ni su destreza para aplacer los gustos de los que acuden al solaz de las invenciones que para la escena se urden, ni la pompa con desmesura de los parlamentos retóricos en sonoros endecasílabos que enronquecían las gargantas de don Julián Romea, de Pizarroso, de

«la divina Teodora», de la simpar Matilde Díez y de tantos intérpretes de sus farsas, sino —tal vez que yerre— que ponga en duda el gran valor de aquel Teatro, sobre múltiple fecundo, cuando el lector no se contagie ni con el ambiente del siglo ni con las encendidas aclamaciones del auditorio. Aludo al hijo de Melpómene y otras musas, Rodríguez Rubí. No quisiera que, ni por asomo, tachárais mi evocación de irreverente, pues admiro sus obras, y no me sumo al criterio moderno que las censura con parcialidad manifiesta. *Ne quid nimis*... Ni los pretéritos y descompasados encomios de los panegiristas de sus triunfos, como Ferrer del Río, que hasta asegura que versifica como quiere—no, con frecuencia lamentable, queriendo bien—, y se hace cruces ante sus tiradas de versos y sus primores caligráficos, a los que exhuman, desdeñosos, los dislates de su caletre, es de creer que escritos bajo la acucia de inspiración atropellada, vienen a cuento en estas líneas; porque yo, aquí, no evoco su ya cernida habilidad ni su talento de autor de dramas y comedias; sino de varias que aun se estiman aunque no suban al tablado; y de sus típicos sainetes, fieles pinturas de los guapos de marsellés y de polainas y de sombreros de catite, y de las mozas de basquiña que se mueven en los corrales, o por *La Feria de Mairena*, o en *Las Ventas de Cárdenas*. Por tal causa, ni detractor ni apologista, cñome al cauto juicio de don Jacinto Octavio Picón cuando escribe—fué el 82, aún vivía Rodríguez Rubí; y ya ha llovido tinta de imprenta desde entonces—: «A pesar de tantas y tan aplaudidas obras es difícil fijar el puesto que corresponde a Rubí entre nuestros escritores contemporáneos. Había un modo de resolver la duda: clasificarle entre los más distinguidos y agasajados por el público, cuya sanción le ha sido siempre altamente lisonjera. Pero no es dable contentarse con esto en un libro donde la crítica ha de explicar y justificar las causas de esa sanción».—Y continúa el autor de *Dulce y sabrosa*:—El tiempo que todo lo ennoblece y depura dará a don Tomás Rodríguez Rubí el puesto que le pertenece. Que habrá de figurar entre los autores de nota es indudable: el lugar que le corresponda solo podrán fijarlo los que llegando más tarde al campo de las luchas presentes logren juzgar los hombres y las cosas con menos pasión, libres de preocupaciones de escuela y con esa sinceridad que solamente saben tener los vivos cuando hablan de los muertos.

* *
*

Una revista malagueña—*El Guadalhorce*, de hace un siglo, concretamente: más de un siglo pues pervulgó sus doctas páginas alrededor del cuarenta, y que hoy se busca con candiles entre los libreros de lance, publicó curiosos artículos de su coevidad antañona, que escribió un médico ya célebre: don Pedro Gómez Sancho, nacido en Málaga, en un pueblo de su provincia: Alhaurín de la Torre; que vivió siempre en la capital andaluza, de la que fuera alcalde con gran aplauso, por la que salió diputado, y que hizo noble empleo de su fortuna. Fué fundador y presidente del Liceo de Málaga. Sus artículos de *El Guadalhorce* le colocan entre los costumbristas de más enjundia de la ciudad.

Tales trabajos, que se titulaban *Costumbres*, referíanse no solo a ellas, sino a tipos genéricos y locales, y a paseos y panoramas. Sin la pluma de Gómez Sancho, un siglo después nadie hubiera podido saber, sin equívocos, sino por presunciones y conjeturas, y por litografías, que ya empezaban a ilustrar las revistas de aquella época; o por virtud de los pinceles—dibujo y color—como fuera la vida social en las décadas de nuestros señores abuelos. Pero don Pedro Gómez Sancho, con llaneza de estilo, sin arrequives, sin usar arcaísmos de *El Solitario*, ni la jerigonza poética—exagero e imitativa de don Ramón Franquelo; ni el verso fácil, andaluz también, del poeta Rodríguez Rubí, quiso y supo transmitirnos con pluma de ave—que aquí se presta al lugar común—bien cortada, pues aún eran de ganso generalmente, ya que las de acero se usaban en probaturas primigenias; cómo era *El Guarda de camino*, que sirvió de contrabandista a la sazón de su retrato, y ahora persigue malhechores por no ir a la costa de enfrente; y ¡con qué primor tan ligero, con qué humana filosofía, con qué humorístico donaire describe al *Charrán* de la playa, y al migajerillo en la Alhóndiga! «El *Charrán*—narra Gómez Sancho—no procede de nadie, no se le conocen padres: cualquiera diría que el *Charrán* es una creación. Al modo que los sapos se forman a las primeras lluvias del otoño, el *Charrán*, pudiera decirse, se forma a los primeros rayos del sol de primavera. Una vez venido al mundo y entregado en manos de la Providencia no hay miedo que perezca; es seguro que aquel que da de comer a los polluelos de las aves no le dejará morir. Sus ropas son ligeras, ceñidas. Sin calzado ni sombrero, estos renuevos de la ciudadanía malagueña se ven iluminados del sol por todas partes a despecho de sus escasos vestidos. El uno luce elegantemente la morbidez de sus formas por entre la rajada camisa

que únicamente viste. El otro, desnudo de medio cuerpo, se presenta orgulloso con su fantástico pantalón que solo conserva el honroso recuerdo de su pretina y de una parte del pernil. Aquel, por todo ropaje, lleva una corpulenta chaqueta que le sirve de bata, o de balandrán, porque no tiene mangas, y retirando atrás con ambas manos sus faldones pasea con cierta nobleza natural. El de más allá, pareciendo del equinocio, exhibe la ejecutoria de su sexo al través de un ligero taparrabos. En fin, esta pequeña vanguardia de héroes, desafiando el rigor de las estaciones, parece que dirige un eterno sarcasmo al medroso lechuguino embutido entre pieles, o al visionario moralista que cree que existen cosas capaces de herir el pudor.»

¡Cuán de buen grado copiaría en su integridad el artículo, si no me constriñesen tiempo y espacio a la concisión académica! No hablaré, pues, de sus recursos y cómo estos *charranes* —el *charrán* viene filológicamente, según entiendo, del *xarraní*, palabra árabe que significa lo que en Málaga— «aunque componiendo esa práctica de bella moral, ese seminario a la intemperie, que sin violencia puede llamarse de nobles, puesto que la mayor parte lo componen los hijos de la Iglesia, que son nobles, y su objeto es dar los célebres *caballeros de industria*, y aunque todos son condiscípulos, se separan, sin embargo, en distintas direcciones, y cada cual toma diverso rumbo. Unos se dedican con particularidad a la marina. Allí, alrededor de las barcas juegan sobre la arena a los inocentes juegos de la infancia, al cané, por ejemplo, en que van adquiriendo aquella grandeza de alma, aquella filosofía que el hombre ha de tener en la sociedad para despreciar los azares de la inconstante fortuna...» Pero hago punto, que no me lleve mi estimación por Gómez Sancho a emplear buena parte de mi discurso en un solo autor malagueño, y, quizás, a cansaros con la lectura.

Otras descripciones de gentes y costumbres de mi tierra son las que consagra al *Retiro* o *Hacienda de Santo Tomás*, a *La fuente de mármol de la Alameda*, a *La Pescadería*, a *Un paseo por el Muelle Viejo*, a *El Caballista* —tan popularizado por aquel tiempo en los cromos de pasas— y a *La Vendeja*—, por no citar más entre muchos—vocablo exclusivo de Málaga que no se explica cabalmente en el Diccionario que edita nuestra Real Academia; pues no es tan solo la venta de los frutos de Andalucía en el tiempo de la cosecha, sino que abarca, por entero, las innumerables faenas con que los frutos se preparan para conducirlos al barco. Tiene tal colorido, tal

bulle bulle, la descripción de la vendeja que dudo que exista en España un cuadro de costumbres más animado que el que este escritor malagueño, desconocido en absoluto, trasunta para *El Guadalhorce*. Oigan mis oyentes un párrafo en confirmación del aserto: el que se contrae a las múltiples manipulaciones preliminares de la embarcación de los frutos, que dice así, y perdonen por el abuso de prolijidad, a la cuenta de mi placer por transcribíroslo: «La animación de la vendeja se comunica a todas partes. En estos días todo el mundo se mueve y no son las que menos las mujeres. Sin hacer cuenta de los alegres festines que a cada paso se dejan oír, en donde no se conoce el rigor diplomático de no admitir sino a las naciones aliadas, y en que, por el contrario, la amable señora de la casa admite indistintamente al altivo inglés como al holandés mantecoso, y en que brindan con idiomas diversos el vasallo de Nicolás y el independiente ciudadano de New York; sin contar, repito, con estos banquetes en que se funden verdaderamente los hombres, estas casas de caridad, de hospitalidad doméstica; sin detenernos en la respetable concurrencia del ahumado bodegón, como de la vergonzante hostería, sin reparar en esos grupos de blondos marineros agarrados del brazo, brotando vino por cada pelo y dando más balances que un buque en alta mar; y sin hacer alto en el mayor despacho, en las boticas de mercurio dulce, ni en el presuroso corredor, que entra y sale sudando la gota gorda, ni en el comerciante que se está sentado, sudándola también, por no saber a quien librar; por fin, sin mencionar tantas y tales incidencias a éste tenor, ¡cuán interesante es el cuadro que Málaga presenta, si observamos los almacenes de la *faena*! De un lado, el repiqueteo de las que parten las almendras, sentadas como unas odaliscas sobre el diván de estraza, y luciendo entre las pulvurentas cáscaras el amarillo refajo que, sin rivalidad alguna, permite luzca la mitad de la pierna, que siempre deja por cubrir; y de otro lado la flor y nata de allende el Guadalmedina, que rodeando por cuadrillas las colmadas cajas de limones van envolviendo uno a uno en pedazos de papel y colocándolos con admirable destreza dentro de ellas; no faltando en aquel harém de empapeladoras el Capiagá que cuida del buen orden y distribución del trabajo. Más allá, en otra numerosa sección, con un racimo de uvas en la mano, como si fuese una matrona que cuidase de la viñería, y en la otra unas tijeras, lo expurga y lo acomoda entre el aserrín del porrón; mientras que otra, no menos numerosa, aplastando el célebre higo

de Almogía, rival del de Smirna, le coloca en el redondo tamborete. En otra separación una infiel romana y el más infiel cantor que la maneja, sin gastar en labores, produce para su amo más pasa de estiva que la viña más pujante de la provincia; y en tanto que en otro sitio colócanse por su orden los infinitos volúmenes de moscatel racimal; y los llamo volúmenes porque los hay en pasta, a la rústica, en folio mayor, en cuarto y hasta en octavo. Hay biblioteca de éstas que podrían competir con la biblioteca madre (q. e. p. d.) de Alejandría; lo que prueba que en las ciudades mercantiles no está tan olvidada la afición a las letras, pues es bien seguro que quizá no habrá en el universo otra ciudad donde circulen y se despachen más papeles públicos bajo su cubierta cerrada. Y no se crea que nos mueve a hablar así, en favor de la literatura mercantil, el sentimiento de gratitud hacia una clase que protege nuestra humilde y patriótica empresa, que por numerosa que sea la suscripción a nuestro periódico de dicha clase, y aunque a la hora de ésta podamos contar con media docena de aficionados, jamás mancharía la adulación nuestro papel. En fin, si después de examinar nuestros almacenes, en donde se presentan como en exposición tales asombrosos productos de la naturaleza, pasamos al muelle, nos admirará aquel tropel de carros, de arrumbadores, de hombres que se mueven en todas direcciones, y aquel laberinto de pilas de cajas, de botijas, de porrones, de tablas, de duelas—¡qué sé yo!—, de tanta cosa como ocupa la explanada, sobre la que parece ver al dios alípede con su caduceo bajo el brazo, aplaudir nuestra actividad. Por último, aquella precipitación de los embarques, aquella prodigiosa animación, más sorprendente, todavía, en un país meridional, dan una idea muy exacta de la inmensa riqueza que poseemos, de la deliciosa abundancia de nuestro suelo que tanta envidia causa a los extranjeros que nos frecuentan y que saludan despidiéndose de nuestra orilla, en medio de los alegres hurras.»

* *
*

Don Ramón Franquelo y Martínez, que nació a los principios del XIX y falleció en 1874, es otro de los autores malagueños al que es de equidad incluir entre los costumbristas de allá. Más que por esta condición, fué célebre en su época por dos dramas que obtuvieron desmedida notoriedad: *El corazón de un bandido* y *Herodes*. Fué, por aquellos tiempos, el más conspicuo de los literatos autó-

tonos, y como el patriarca de nuestras letras. Vistas a distancia sus obras, con el análisis ajeno a afecciones y méritos esenciales, el que esto os habla no se explica tal predilección; mas, no hay duda—Diaz de Escobar nos lo asevera—que no hubo en Málaga y su cerco ceremonia de arte o de ripios: certámenes de poesías, veladas con versos, con música, con discursos de circunstancias en que las nueve piérides actuasen, o algunas de ellas destacadas del apolíneo coro, donde Franquelo no presidiese o, por lo menos, no fuera el personaje pingorotudo que prestigiara el espectáculo con su intervención o presencia. Fué, además, periodista activo; y en 1851 fundó *El Correo de Andalucía*. Escribió innumerables composiciones con jándalos y ternes a todo pasto: y una obrita octosílaba y en dos tomos, cuyo título: *Cuentos, mentiras y exageraciones andaluzas* hubiera podido aplicársele como un emplasto glutinoso, pero no, en él, resolutivo. Apañuscó dramas, parodias, juguetes y libretos para zarzuelas. Es difícil hallar los partos de sus amores con las musas, aunque yo he conocido bastantes de ellos; y puedo aseguráros que, casi todos, salían a su padre, no a las gentiles y complacientes hijas del rubio Apolo. Cual una prueba de su estro, he repasado últimamente cierta producción de teatro que Caltañazor le estrenara, con otros cuatro actores menos famosos, cuya escena transcurre en Málaga, en su arrabal de Capuchinos. Don Ramón la llama comedia, pero es un sainete, o pintura de costumbres del pueblo bajo, de ingenua traza, en que los personajes dialogan todos con léxico y fonética que él supone peculiares de Andalucía, plagada de metátesis y de síncopas y de apócopes con exceso, y de situaciones absurdas. Tal aborso de andalucismo debió—parece que es de lógica—ser apreciado por Franquelo cual de valor indubitado, porque lo dedica a su padre; y como es obvio que no hay hijo—pensando bien—que obsequie al hombre que le dió el ser—Dios queda arriba—con un pedrusco del camino, sino con una alhaja, la consecuencia es que el autor vió en su obra escénica—*El que se casa por todo pasa*, se titula—claro diamante. Si le incluyo en esta breve sarta de costumbristas no es por su valor, que es precario, sino atendiendo a su renombre, en una cierta época en que regía—esto es indudable—el mal gusto.

* *
*

Tras don Ramón Franquelo surge en mi mente el nombre, ya olvidado, cual antes dije, de don Juan José Relosillas. En su *Come-*

dia Sentimental proclama el perínclito Ricardo León que fué «un humorista genial, digno de colocarse entre los más celebrados y populares. Más espontáneo y jugoso que *Fígaro*, más gracioso y alegre, andaluz a carta cabal, merece, a mi juicio, los honores de una póstuma reparación.» No puede darse en menos líneas un retrato de mejor traza del malogrado Relosillas, aunque he de añadir, por mi cuenta, que el autor de *Platos fiambres* no era, únicamente, un *Fígaro* sin hiel y un humorista sin retruécanos, sino el más castizo y agudo, ático y sutil de estos tiempos, desde *El Solitario* a nosotros, y el escritor satírico y chispeante con menos razón preterido entre todos los de su índole que alumbró el genio de la Patria. Y no penséis que hablo en hipérbole, por seducción de su persona ni por parcial aprecio de paisanaje. No tuve la fortuna de conocerle; mas, sí de procurarme con la lectura de sus obras de ingenio deleite sumo; y os afirmo que Relosillas, no bien apreciado en su época y en la actual desconocido, era, y es, no ya cual advena Ricardo León, sino el más hondo, el de mayor gracejo, sal y agudeza, y el más inmarcesible de cuantos realzan las letras humorísticas españolas, con excepción, en su ironía, del *Clarín* de los años últimos en diferentes artículos, por ejemplo: los de *El Doctor Sutilis*; si bien más buidos en la intención y cultos, con menos gracia. Hay muchos humoristas que disfrutaron de celebridad coetánea, y cuyos libros, si se leen, crujen al volver de las hojas como las secas del otoño. Las páginas de Relosillas conservan la frescura de abril y mayo. Chistes que fueron, há centurias, alborozo de espectadores en los viejos corrales de la *Pacheca*, de la Cruz y del Príncipe, no reiríanse a carcajadas como antaño, al escuchar a los graciosos de Tirso y de Moreto, porque los siglos, cambiando el sentir de las cosas desvanecieron la *vis cómica*; y el estudiantón de la anécdota, probablemente apócrifa, del *Quijote*, no se desquijarara de regocijo si hoy repitiese la lectura de la obra eterna y cumbre del protoingenio, aunque se pasmase de asombro ante sus valores humanos; y que nadie de cuantos oyen tal convicción suponga que un académico, tan modesto como yo soy, desquilata el gran mérito del *Quijote*. ¡Pobre de mí! Lo que yo apunto es que el transcurrir cronológico disipa la eficacia de los conceptos, en particular de la vena del buen humor.

Pero no es única esta cualidad discernida del humorismo la que hace que no se evapore en su esencia el valor de las creaciones del que trazó *al correr de la pluma*, y a la acucia de los cajistas, artículos

de tal despejo y emotividad como uno que no olvidaré nunca, que se titula *La pecadora, la niña y el pájaro*, de ternura tan delicada y observación tan psicológica en su aparente ligereza, que dudo mucho que, en su género, lo haya mejor; y como otro: *La oración de la tarde*, feliz boceto de las costumbres de su infancia, que le colocan en cabeza de los costumbristas natales... y de otras regiones hispánicas y, si me apuran, de otros tiempos, con la inclusión de *El Solitario*, sino más asindético y afluente, con labor de más ataujía en la rebusca del idioma e incrustación de sus vocablos, propenso y ducho en arcaísmos, aunque Cánovas le defienda de tacha tal, que no es tal tacha, sino condición ínsita y, además, ardua.

Este donaire, esta frescura es natural que no perduren en su conjunto literario, pues hay factores que los obstan. Relosillas, que fué político por necesidad, tuvo en Málaga una tribuna periodística: cierto satírico y garboso y, a veces, temible periódico titulado *La Etcétera* que veía la luz del sol semanalmente. Yo he leído *La Etcétera*, y os declaro que ya en el polvo de la tumba todos los títeres danzantes que, a la sazón, constituían los escopos para los tiros de su retablo, y sin el cebo de la actualidad provinciana en la política de otrora. *La Etcétera* carece del ajibílibus y del desenfado que hicieran tan celebradas y mordaces otras publicaciones de aquellas épocas, de las que son modelos, según afirman, *Fray Gerundio* y *El Padre Cobos*. Tampoco —y lo declaro sin eufemismos y a fuer de imparcial— serán partes a lo proverbial de su mérito los atropellados capítulos de otra producción literaria con pretensiones de novela, a la que alumbró con el título de *Un ser inverosímil*, y que es engendro sin las precisas calidades de observación de caracteres, lógica en la acción y, por tanto, sin humanidad. No podemos reputar como novelista, sin caer en adulaciones, al que escribió con pluma de oro otras obras inimitables

Prescindamos, pues, de *La Etcétera* y de la escoria novelística de *Un ser inverosímil*, para el estudio de nuestro autor; mas, antes, déjenme diseñar un apunte de su persona, merced a referencias, pues ya os he dicho que no conocí a Relosillas. Era —relata réfero— muy sanote, membrudo, colorado, de faz redonda, de barba espesa y corta, con el cabello atusado a lo quinto. No alto de talle, pero de enorme vientre, con tal volumen que hubo de aserrar ambas mesas del comedor y el escritorio en sendos y anchos semicírculos para encajar la andorga desmesurada. A este propósito recuerdo que, en cierta ocasión, bajó Cánovas a visitar a sus paisanos. Don

Antonio admiraba sinceramente a Relosillas, mas no eran sino amigos epistolares. Nunca se vieran hasta entonces. Así es que al serle presentado por el adalid malagueño, sin referirse al literato ni al director del órgano del partido, con estas palabras escuetas:— El señor Relosillas, otro primate conservador—, y al ver a Cánovas atraerle a sí, con efusiones, aquel protestó:—¡No lo crea! ¡Conservador! ¿Cómo he de serlo si no he podido, y lo deploro, conservar la figura humana?

Era burlón en sus decires, picaresco a las veces; pero simpático y cordial con todo el mundo. Tenía lo que el léxico de la tierra suele designar como «ángel», que es decir: buena sombra. Nació en el seno de una familia modestísima. En su mocedad dedicóse a emborronar los folios de un escribano. Redactó, luego, «*El papel verde*»; pasó, más tarde, a otros periódicos de la ciudad; y, al fin, obtuvo la dirección omnimoda del diario *El Correo de Andalucía*, que fundó Franquelo y Martínez. *El Imparcial* y *Madrid Cómico* publicaron artículos de su firma, con sabor de sal andaluza. En el trabajo de la prensa perdió la salud. Murió joven al rebasar los ocho lustros, en el 1889. Hacia finales de su vida quedóse un tanto sordo, y a esta sordera la calificó con perífrasis, muy propia de él, «la deliciosa desgracia de no oír.»

«La deliciosa desgracia de no oír—asegura, en la iniciación de un artículo de los mejores que produjo, cuya iniciación, permitídmelo, voy a transcribir, cual espécimen de su factura literaria—ha determinado una como ampliación de todos mis demás sentidos corporales. No es esto decir que mi vista, por ejemplo, haya ganado en alcance o en potencia, y que vea más grandes a los hombres o más el claro porvenir. Veo lo mismo que antes, y el que juzgué miserable infusorio social sigue siéndolo, porque realmente no ha crecido su alma en bondad, grandeza ni rectitud. Lo que me sucede es que, como no oigo, me distraigo menos y miro más, ganando de este modo en observación lo que he perdido en audición; si pérdida puede llamarse a cuatro necedades más o menos que deja uno fuera de su ser mediante la obstrucción de la trompa de Eustaquio.»

«Otras veces, *in illo tempore*, cuando mi persona física estaba completa, cuando oía, en fin, me gustaba escuchar el dicharacho que surge al paso, la copla que resuena a lo lejos, la ingeniosidad que se ocurre a cualquier transeúnte en esta tierra clásica de las repentinas agudezas, el alegre gritar de los muchachos, el gorjeo de

sus risas, las voces de los vendedores ambulantes, y esos mil y mil ruidos, más o menos armoniosos, que son el eco revelador de una ciudad viva. Con esos gritos, con esas risas, con sus donaires sorprendidos al vuelo, hacía yo mi composición de lugar, como suele decirse tan impropia como frecuentemente, y a las veces me servían para rumiar—perdóneme Su Majestad el Cerebro esta grosera expresión—durante horas y horas, entregado a silenciosa labor intelectual, de cuya eficacia y de cuyo mérito dudo mucho. Antes estudiaba al hombre (y a la mujer) por sus palabras—porque yo no aprenderé, pero estoy estudiando siempre—y ahora procuro estudiar a uno y otro sexo por la expresión del rostro, por lo que en imperceptibles pero elocuentes voces dicen los ojos, por la manera de mover los labios, y hasta por las crispaturas de las manos cuando accionan para acentuar el discurso. Así es que ya no me distraigo, que ya no puedo distraerme cuando voy por la calle, porque ya no puedo ensimismarme y dejar al oído que me sirva de medio de relación, sino que tengo que andar siempre ojo avizor, para suplir rápidamente con el juicio y la hipótesis, lo que supongo que deben de pensar y de decir los que hablan. No quiero ventilar en este trabajillo si he ganado en el cambio, si es preferible ver y oír, o si se oye y se ve mejor, no oyendo, y viendo solamente. Quiero, sí, que conste, para enseñanza de los que piensen declararse sordos, que el oído se reemplaza en poco tiempo y merced a una gimnasia que se aprende espontáneamente, con el sentido de la vista; como es probable que se reemplace la vista con el tacto, y éste con el olfato, y a su vez éste con el paladar, bien que ya en éste último y desesperado caso sea muy difícil el comercio social con solo el auxilio del gusto».

Con exclusión de su novela, tan lueña de mi agrado, más cierto opúsculo que rotuló *Cartas a un clubman*, en el que estudia y analiza los méritos artísticos de una pléyade de pintores malacitanos, publicó Relosillas otro volumen—fué en el 1886—con observaciones captadas del natural, durante el tiempo en que sirvió como empleado en un presidio, bajo el título de *Catorce meses en Ceuta*. Tales observaciones se retrotraen al 73. Dijo, entonces, don Antonio Cánovas del Castillo que para emprender la reforma de nuestro vil sistema penitenciario, era precisa la lectura de *Catorce meses en Ceuta*, lo que evidencia su importancia. Pero no supongais que tal estudio del ambiente que Relosillas describe es enfadoso. Muy al contrario: porque las sales de su ingenio y la amenidad episódica

hacen de este tratado de antropología criminal, que reputo por sin igual en nuestras letras, interesante paradigma de observación y donosura, lo que no empece a los estímulos de la reflexión y la lástima hacia los míseros reclusos, víctimas inconscientes, en hartos casos, de su propia naturaleza o de los vicios y las lacras de la sociedad en que nacen. Si no estuviese—como todas las ediciones de sus libros—agotado a tal punto que no se encuentra un ejemplar para un remedio, yo os diría, con certidumbre de no defraudaros un jeme: Leed esa gran obra de Relosillas, en la que sobresalen varios capítulos maravillosos, verbigracia: *La Noche Buena en el presidio*, cuadro dantesco y, sin embargo, de donosidad excelente, y el que dedica al presidiario Juan de la Cruz Asiático. No es posible que haya escritor de nuestro tiempo que se produzca con más arte, sagacidad y competencia que el malogrado Relosillas.

Aparte de los títulos que anteceden, existen otros cuatro que constituyen su proverbial característica. En realidad, son colecciones de artículos seleccionados. Temas de humor y de costumbres. Libros que vieron la luz pública en las vísperas navideñas con intención de acopio de numerario para adquisiciones bucólicas. Uno de dichos títulos lo refleja: *Los peros de Pascua*; y tal nombre es sencillo exponente, sin disimulos, de la edición. Los otros se denominan: *Cuatro reales en prosa*, *Platos fiambres*, y *Charla que te charla*, que subtitula: «*Colección de artículos, novelas, historias, confidencias, sublimidades ajenas y vulgaridades propias, todo en prosa lisa, llana, usual y corriente en estos reinos, por Juan José Relosillas, de la Orden de periodistas descalzos.*» Esta adscripción de fina sorna le retrata, determinante. Se burla de sí mismo cuando lo escribe, y de su correr a la zaga del bienestar que mereciera. Mas, no fué así, por desventura, porque vivió siempre en la inopia o, por lo menos, falto de los recursos exequibles y no al alcance de su poderoso talento. Inopia de holgada levita y de reluciente chistera. Inopia, al fin, que le delata cual a hombre no manchado por la política, en la que pudo, a poca costa, conseguir ingresos más pingües que los que logró con su péñola. No me detendré, por escrúpulos de entretener a mi auditorio, en más largas apologías. Básteos saber que en esas obras duermen el sueño del olvido artículos insuperables, como *Las cuatro esquinas de Mariblanca*, relación humorística y en extracto, con parergones de comentarios sutiles, de cierta causa que se incoó contra el *Raguso*, entramado en idilio con la *Torrija*, que nos recuerda el deleitable *Sombrero de*

tres picos del novelista que está en la memoria de España; cuadro de las costumbres de aquella era de casacones y pelucas; como los *Temas veraniegos*, *La Procesión*, *Cosas de Málaga*, *Un puñado de coplas*; como *Un paseo por la eternidad*; y otros muchos, por ejemplo: *Una historia maravillosa*, invención de pretéritas aventuras de su pluma privilegiada, vividas en un sueño; y el concebido en *Una noche de verano*, que atalanta, distrae burlonamente y hace reír a chorros, con fingimientos de imaginación y sandunga, y que tuvo por escenario una plaza de toros, donde, abarrisco, Relosillas lidió un veragua.

No hablaré más de Relosillas, maestro inolvidable, pero olvidado —torno a rogar que me creáis—, digno de ser tan célebre como *Fígaro*. Solo os diré que, en este instante, al rendir férvido tributo de admiración a su memoria, trató de acuciar a quien pueda—a un editor, si es que hay alguno que quiera arriesgar unos cuartos en levantar un muerto—dispensaréis la vulgaridad de la frase—, o a quien deba—y, en este caso, me dirijo sin circunloquios al Ayuntamiento de Málaga—reparar la injusticia que se comete, más que por desdén, por inercia, con el escritor de más filis de la ciudad mediterránea donde vió la luz Relosillas, en donde vivió siempre, y en cuya tierra yacen sus mortales despojos. No han menester para el empeño ni una lápida en una calle, ni un bronce en sus jardines, ni hay homenaje más consistente y adecuado que la reedición de sus obras. Un libro. Un solo libro. Con eso basta.

* *
* *

Manuel Martínez Barrionuevo, novelista, poeta y autor dramático, vió la santa luz de los cielos —que dijo el trágico de *Antígona*— en un barrio de Málaga. De familia de trabajadores humildes, fué operario de ferrería en el *Martinete* de Heredia. Con fervorosa autodidáctica aprendió estudios primordiales; después, a echar sus ringorranos en los periódicos nativos: *El Correo de Andalucía*, en donde más, y algunos otros; y paso a paso, aladinándose, llegó hasta hacer literatura. Compuso novelas y versos. Seguro de sí, tras azares que aquí no importan en substancia, vino a Madrid. Padebió hambres, miserias, grimas, y otras *ducas*—que dijera un mocito de Arturo Reyes—. Le protegió Núñez de Arce y fué redactor de *El Progreso*. Pérez Galdós le abrió los brazos en *El Imparcial*. Fué fecundo en su producción de plumífero. Plantó en Málaga los reales

de distintas ficciones de su arte ducho de novelador. Copió tipos y costumbres indígenas. Tuvo éxitos en el tinglado de la farsa. Pero aunque bregó mucho con la fortuna, su prestigio le duró poco, lo que no obstó—voluntad firme—para que escribiese sin treguas, más que en Madrid, en Barcelona, en donde le editaron *Andalucía*, una obra de gran lujo, de gran formato, de costumbres y descripciones. A mi parecer, su novela de más valor: *La Generala*, con escenario malagueño, rivaliza con sus congéneres de la edad en que se produjo. Trazó, además, entre otras cuantas: la serie de *El Decálogo*, de argumentos y de rotulata inherente a la enunciación decamérida; y *Los Señores de Saldivar*. No ascendió a cumbres, aunque, ególatra, se autoilusionó con triunfos que si no alcanzó con la pluma, pudo gozar, pues fué, ello es obvio, de la alcabela de los ínclitos. Tal vez la dura necesidad le constriñese a plumear apote, con gran demérito de la calidad literaria, si bien disfrutó de paréntesis de reposos y holguras; más fué cigarra y hormiga, a la vez, por desgracia. Sucumbió el año diez y siete, al frisar en la sesentena, y en tal escasez que el que os habla hubo de lograr del Concejo municipal, que presidía, una pensión a la viuda. Se colocó una lápida con su nombre en cierta calle de la urbe, lámina que persiste, gracias al cielo y a eventualidades terrenas; mas, su memoria—*aere perennius*, según la expresión horaciana—durará más que el mármol del homenaje en una ciudad que se cura sí de las letras que se giran, no de las que se escriben para recreo.

* *
*

En el serón de un asno, desde Benaque, llegó a Málaga, en los albores de su niñez, Salvador Rueda. Tal como llegó se hizo púber, sin saber ni palote de escarabajos. Logró, después, pintar su firma. Se atareó en humildes aprendizajes, hasta alcanzar uno de rango: el de mancebo de botica en la céntrica de Prolongo que fué, además de farmacéutico, un botánico de sapiencia. Allí se ilustró a solas, sintió en el alma como la eclosión de la musa—dispensaréis el galicismo—, y en algún poso de jarabe, o de otro potingue cualquiera, absorbió linfas de Castalia, tras de lo cual escribió versos. Posteriormente dicen que fué cajista. Si hay voluntad de autodidacto, una voluntad de esas, sin duda alguna, fué la del catetillo benaquereño que entró en la ciudad, como carga de limones o cereales, a oño, o granel, en una cera.

Este que apunto de principio, es el primer gran mérito de un poeta que fué original, ante todo, que escribió como nunca, cuando la lírica era en España, únicamente, imitación de tres epónimos: Campoamor, Núñez de Arce, y el autor melancólico de las *Rimas*. Pero Salvador Rueda, para su gloria, fué el creador de un nuevo modo; y del capacho de Benaque ascendió al cúlmen de las musas. Fué original porque sentía un *quid divinum* en su alma. Se le negó sañudamente, se le discutió con encono, pero él siguió cantando *Por esos mundos*, sin hacer caso de los críticos apegados a lo pretérito, a su manera psíquica, con impulso de brollador, y con sus normas de exaltación de los matices, de la luz y de los ruidos, hasta que el crisol de los tiempos acendró su fama y Apolo le coronó con sus laureles, como se asoma a las cubiertas de algunos de sus libros, que se editaron con su aprobación. Fué el poeta de los tropos inusitados. Tañó la lira septicorde e hizo sonar el olifante, cual el de Roldán, que se escucha a treinta leguas de distancia. Nadie le igualó en fantasía ni le superó en el derroche de la expresión cromática, pues fué único. Desdeñó los cánones líricos y las formas gramaticales. Dijo una vez, en el orgasmo de su plenitud ostentosa: —«Cuando cada poeta viva en su propia ley de gravedad y se alumbre con la luz de su meridiano...»—y prosiguió Blanco Belmonte: —... «muchos que hoy pasan por planetas quedarán reducidos míseramente a la condición de satélites del que les trazó con su numen senderos de luz, y la crítica señalará las influencias ejercidas por el maestro, influencias que oropelaban—la cita es libre—las alquimias de imitadores y rapsodas duchos en la mimesis o el artificio de la inspiración que les falta».

Era un complejo de lo humilde—en lo personal de su vida, de francisco sin estameña—y de elación, o vanagloria: cosa infantil. Nadie diría oyéndole hablar, menos viéndole, tan menudo de talla, tan encogido, que aquel modesto semoviente fuera el creador polifónico de *Trompetas de órgano*. Parecía, más bien, una cigarra del monte Himeto, sin carne ni sangre en las venas. Y era un príncipe del Parnaso.

No ocupó nunca puestos pingorotudos. Vivió de un empleillo de escasa monta y de la pluma. Ya, en su octubre, abandonó la corte para irse a Málaga, tan solitario como siempre. Le tuve por amigo de los sinceros. Iba a mi despacho, al regusto de cordialidad efusiva, de lecturas y evocaciones. Se aniñaba en los diálogos. Expresábase sin mordacidad. Cierta día—y vaya por anécdota—lamentóse:

—«Me voy a morir pronto sin que mi tierra haya dedicado un recuerdo ni a mi labor ni a mi persona». —Le interrogué, al oírle: —¿Qué es lo que quieres?—Una piedrecilla en el Parque...—insinuó con lágrimas en los ojos —La tendrás—prometíle, con certidumbre de complacerle en su deseo. En seguida se habló del tema en los periódicos locales. Se nombró la junta patricia para recaudar fondos, fácil empresa. El escultor Francisco Palma se brindó, generosamente, a construir un obelisco con la faz de Salvador Rueda y un águila de bronce sobre la altura. La suscripción fué un éxito pecuniario y de admiración para el vate. Llegó dinero hasta de América. La «piedrecilla» deseada se hizo realidad puntiforme. Se eligió una glorieta de las del Parque para el emplazamiento. Sólo faltaba fundir el águila, y teníamos cuatro mil pesetas que, entonces, eran las suficientes para que el símbolo de la inspiración apolínea pudiera erigirse en la cúspide en actitud de alzar el vuelo. Y así, en tal estado las cosas, me vino a ver Salvador Rueda, que soñaba con su obelisco, y me preguntó:—Dí, ¿qué falta? —Le contesté:—Fundir el pájaro.—Y... ¿habrá dinero? —Habrá dinero—le aseguré—porque aun nos sobran cuatro mil pesetas. —Los ojos de Salvador resplandecieron, dudó un instante y, al fin, díjome:—Hazme un favor. Suprime el águila, que es un adorno prescindible... y regaladme esas pesetas. Me vendrán muy bien.» —Solté el trapo, consulté a mis colegas, y así se hizo. Cierta mañana, entre discursos, lluvia de rosas, sol de oro y la intervención del aeda González Marín que, vestido con un terno de Andalucía, declamó *Pregonos de Málaga*, se inauguró la piedra del homenaje. ¡Cómo lloró Salvador Rueda! ¡Cómo lloró! Y allí, entre flores, en una rotonda del Parque, se puede ver el monumento... naturalmente, sin el pájaro.

Os he referido esta anécdota, este episodio sin constancia de su intimidad, que es más propio de un artículo de periódico que de un discurso de Academia, para que comprendáis, sin comentarios, la infantilidad de aquel alma que tiene en la de todos los españoles el inmaterial obelisco de la admiración y, no obstante, se conformó con otro de cantería, cual un rapaz con un juguete. El autor de *La cópula* gozó poco del pétéreo de su gloria. Se extinguió aprisa, en una mañana abrileña del treinta y tres. Murió arrugado como una pasita olorosa de los paseros de Benaque.

Pero no le incluyo en la serie de escritores malacitanos en calidad de lírico de apogeo, sino cual a autor de novelas, de artículos y poesías que retratan nuestras costumbres. No los citaré, pues son

todos familiares de vuestro espíritu: *Bajo la parra*, *El cielo alegre*, *El patio andaluz*... cuadros de costumbrismo. Y una novela, entre otras varias, de su mocedad, que Valera evaluó con tiquismiquis y reparejos psicológicos. *El gusano de luz*, que así se nombra, no es un alarde de psicólogo, ni el poeta de *Cantos de la vendimia* lo pudo ser, precisamente, por su esencial idiosincracia.

Y ahora permitid que, en aserto de cuanto he dicho sobre Rueda, cuya labor reclama no breve esbozo sino la amplitud del discurso, finalice estos párrafos con estrofas entresacadas de *La fiesta*, pintura fiel de la costumbres de nuestros campesinos vendimiadores, trazada en versos heptasílabos; y que dicen de esta manera:

¿Qué cuadro es el que cubre
la fértil enramada
en cuyas frescas hojas
el aire ríe y canta?

¿Qué gritos de alegría
arrojan las gargantas
por donde pasa el vino
en áureas bocanadas?

¿Quiénes son los que alegres
forman la fiesta clásica?
¿Griegos? No; campesinos
de la graciosa Málaga.

Se dió ya en los paseros.
de mano a la jornada,
y el baile de la tierra
despliega luz y gracia.

Un mozo cual un bronce
puntea y enmaraña
los dedos en las cuerdas
de artística guitarra.

Otro los roncros crótalos
suena a compás que estallan
los de la linda moza
que a su presencia baila.

*Otra mozuela entona
rondeñas y murcianas,
y todos los restantes
a coro baten palmas.*

*Cuando una copla empieza
otro cantar acaba,
no hay punto de reposo
y rie el que no habla.*

*Todo en redor se agita
de la dorada llama
que da el candil haciendo
de mortecina lámpara.*

*Y rebosando vino,
de labio en labio pasa,
en vez del vaso griego
la primorosa jarra.*

* *
*

Del *Poeta de los Cantares* me he de ocupar en unas líneas que no corresponden—es cierto—a su abundante y heterogénea fecundidad. Fué don Narciso Díaz de Escobar un literato que abarcó numerosas actividades del gay saber. Suscribió coplas—miles de coplas—que reflejan peculiaridades paisanas; y de ahí que se le incluya, laudablemente, en esta nómina de autores consagrados al costumbrismo; centenares de poesías, en particular, dedicadas a los Juegos Florales, en los que obtuvo mil rosas y caléndulas de artificio, y laureles: unos, simbólicos y otros reales, lo que prueba que los conquistó sin descanso; y en tal propensión de su numen llegó a ser, sin disputa, favorecido; pues no hubo vate que lograra por sus fáciles poesías tantas compensaciones a sus desvelos en pro del arte de las musas. A Díaz de Escobar, sin embargo, le va mejor si se le muestra, más que con una lira, con la guitarra, instrumento alegórico de sus gustos.

No se reduce su plausible e infatigable maestría a enjaretar versos abundo, pues escribió más que el *Tostado*. La enumeración de sus títulos cubre casi una página del Espasa. Que yo recuerde en este instante alumbró cien obras escénicas—acaso, más de toda

ínciole: dramas, comedias y juguetes—varios, de costumbres locales—, desde el *El socorro de los mantos*, que refundió con gran pericia del dramaturgo y comediógrafo don Francisco de Leyva, que era de Málaga, hasta sainetes de la tierra. Acumuló *Efemérides*, con acopio de fechas, cifras y detalles, arrancándolas al olvido. Contribuyó con Ruiz Borrego, un actor de veteranía, que no pasó de los Gaitanes, a fundar la célebre *Academia de Declamación*, un vivero de meritorios cómicos. La farándula le debe el orto, que reputo por triunfal, de hartos intérpretes del Teatro Español. Fué político afecto a Moret. Tuvo cargos de los de sombrero de copa. Le nombraron Cronista de la Provincia. Para enseñar a sus discípulos a declamar como es debido concibió dos volúmenes de *Monólogos*, algunos de los cuales se representan por actores y actrices, los más en fáfara. La literatura le adeuda un buen porqué de libros útiles, entre los cuales no se omiten sus profusos sobre Talía. Esbozó una curiosa e interesante *Galería de literatos* de cuantos nacieron en Málaga, o que tuvieron con nosotros conexión de alusiones y permanencias. Editó libros periegésicos, que es como decir: de viajes, sin profundidad psicológica; y tres de anécdotas y cuentos aborígenes, que rezuman donaire y sal. Como individuo era de estatura ciclópea y de espíritu bondadoso, el cual resplandecía no solamente en sus decires y en sus hechos sino en sus ojillos azules. Reunió tomos, muchos tomos de biblioteca, sin examen, —porque no fué bibliófilo concienzudo a la manera de Gallardo y otros varones eruditos, sino, más bien, bibliólata impenitente—con preferencia bibliográfica de los asuntos provinciales. Fué la actividad con zapatos; y consagró toda su vida a las cuestiones literarias. Con más método y con más horas de reflexión, hubiere sido continuador de Guillén Robles, el arquitecto de la Historia de Málaga la *Bella*; pero no pudo: y se avino, modestamente, a ser el que apilara los materiales para que, después, otro, mejor dotado del espíritu crítico que hoy requiere tan difícil labor histórica, alarifase el edificio que está por hacer todavía. En resumen: que don Narciso pudo ser más de lo que fuera, de no abarcar con su dinámica tantas disciplinas dispares; si bien alcanzó a ser en Málaga, sino el escritor más dotado el más popular entre todos. Pero repito que su crédito —el cardinal de aquellos lustros de su vivir—radica y luce en sus primorosos cantares, que todavía vuelan de boca en boca; y en demostración de lo expuesto acabaré con la semblanza de nuestro autor con un tresillo de coplas que son inmanentes a su sentir, y

que prevalecen, en su sencillez sin aprestos, sobre muchos poemas de larga métrica y de inspiración farragosa:

*¡Mira tú si era bonita,
que hasta el mismo enterrador
al mirar aquella cara,
tiró la azada y lloró!*

*Cuando el amor agonice
dale una toma de celos,
y como no se levante
avisa al sepulturero.*

*Colores de sangre y oro,
son los de nuestra bandera;
¡ni hay oro para comprarla
ni sangre para vencerla!*

* *
*

Cuando se habla de Arturo Reyes no puedo sentirme conforme con las escasas líneas despectivas con que se ocupa de tan esclarecido poeta y novelista, en su *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*, premiada en 1908 por el Ateneo de Madrid, el malogrado y culto crítico Andrés González Blanco. En dicho estudio, en que hace concesiones inexplicables, pues encarece a novelistas de mediocridad lastimosa cuyos libros se hundieron en el fracaso, solo dice de Arturo Reyes: «Se podría definir humorísticamente a Arturo Reyes, novelista andaluz, autor de varias novelas: *Cartucherita*, *Del Bultó a la Coracha*, *La Goletera*, etc., diciendo de él que es un autor *barbián*, animado como la gente de su tierra y alegre como su cielo azul. Sus novelas nos descubren esa Andalucía de apariencia risueña y de fondo trágico, porque tras de los ojos negros de las mozas están acechando los celos como dos malhechores; y junto al pecho cálido de los mozos se esconde la navaja asesina...»

No; a Arturo Reyes no se le puede critiquizar tan sin honores, porque es valor de permanencia. En la actualidad no se lee al prestigioso literato y sus libros se sumen en el silencio, en la depresión subsiguiente a las jornadas de triunfo. Sus cuentos, sus novelas, sus poesías están pasando, gota a gota, por el filtro del tiempo. Lo

que subsista ha de bastar para su nombre. Con una epístola en tercetos ascendió Fernández de Andrada al lugar de los inmortales. Por menos aun, por ocho versos, vive Gutierre de Cetina.

En el cenit de su existencia disfrutó Arturo Reyes, cuando alumbraban por los horizontes ortivos astros de magnitudes resplandecientes como Baroja, Blasco Ibáñez, el autor de *Señora Ama*, *Azorín* y Unamuno, de halagadora nombradía; mas ni su nombre señoreó sobre los otros, ni vivió en Madrid, sino en Málaga. Decía Balzac, ciertamente con craso error, y tuvo muchos, y que se me perdone la irreverencia, que todo escritor que no mora en el dintorno de la corte, si sobre él pasan treinta años de su inventiva literaria, está perdido para el arte. El apotegma es caprichoso — aunque de glosa libre —; y aquí tenemos el caso de Pereda, y otros varones que nos hablan de lo contrario. Concretamente, en la provincia es donde se labora con más reposo, lejos de la crítica estulta o de actualidad, que no vale sino para ponzoña de los espíritus. Opuestamente a lo que expuso el autor imperecedero de *La Comedia Humana*, dice Unamuno en *Tres ensayos*: «—Pon tu mira más alta, más alta aún de esa corte cuanto antes. Si te dijese que es tu centro, contéstales; ¡Mi centro está en mí!» Y Unamuno tenía razón, y él fué ejemplo de la propia parénesis. Para el arte no es de precisión que se viva en el epicentro ideológico. Para el renombre fugitivo, tal vez que sí; pero, ¿qué importa? Lo que da Madrid al que escribe es satisfacción de amor propio, publicidad; mas, no otra cosa. Lo que ha de quedar, queda, no por mercedes de las ágoras cortesananas, sino, en mil casos, a despecho de sus alabanzas de arúspice. Fue el autor de *Paz en la guerra* quien me aconsejó de esta suerte, cuando dí a luz mi primer libro: «Usted no tiene aun nombre de cartel en nuestra república de las letras, donde se solicita un día y otro, de palabra unas veces, con la mirada otras, un *bombito* en algún diario de circulación. Pero creo que debe usted fiar más en la difusión silenciosa y lenta. Hay que aguardar más tiempo, pero es más segura.» Lo que, por entonces, no díjome, pero que es axiomático y evidente, es que aquel literato que no se cura de zarandajas encomiásticas—ya observais que no digo críticas—; y que escribe sencillamente por vocación, de ningún modo *pane lucrando*—son los menos—, y he de respetar igualmente, si se paga de los elogios o se disgusta con la crítica de los que la ejercen aposta, o por oficio, pues los méritos de cada cual no se conciben o se acendran con cuatro artículos de los mentores indulgentes o rigurosos, sino

luego; que de tal oficio se encarga la Posteridad, que revisa los valores de cada quisque sin condescendencias ni ambages, y en relación con el ambiente en que vivió.

Tal es el caso del novelista Arturo Reyes, muy en palmitas de su época y muy preterido a la postre. Le conocí personalmente, cuando aún sus labios no gustaban las mieles de la gloria circunstancial. Era un buen mozo. Le recuerdo como era entonces, con el rostro atezado, lleno de vida; y de varonil apostura, la barba de azabache tusada en rizos, los ojos grandes y ardorosos, y en la boca de labios prietos, de crispaturas sensuales, un rictus melancólico e indulgente que amortiguaba, en ocasiones, la energía de su persona. De complexión robusta, de andar airoso y de gallardas actitudes. Todo en él delataba bizarramente su ascendencia de moro, que a él complacía: el cráneo oval, los ojos fúlgidos, la dentadura blanca y firme, la baza tez y los cabellos del mismo color que los iris, el arranque del habla, las vibraciones del espíritu, la amorosidad siempre en vela, y hasta el criterio fatalista con que, estoicamente, se resignaba a los infortunios vitales. Cierta noche de agosto, de plenilunio, en que el aire sin brisas olía a nardos, erraba yo de esparcimiento y en deleitosa compañía, cuando en los *Cuartos de Granada* le avizoré como una estatua al pie del *Arco de la Llave*. Vestía de hilo blanco, con gran holgura. Febea iluminaba con centelleos su cabeza desnuda. Y el cuerpo inmóvil, sobre las pardas ruinas que antaño fueran castillo de los árabes, diríase envuelto entre los pliegues del alquicel de algún pretérito morador arrogante de la Alcazaba. No le ví al bajar. La memoria de aquel encuentro inesperado, ese hilo sutil, misterioso, que ata los seres a las cosas, hace que yo no evoque su alta figura sin recordarla exactamente cual aquella noche romántica.

Tras unos ensayos humildes, publicó Arturo Reyes—era a finales de la centuria en que nacimos—un hermoso libro de versos intitulado *Desde el surco*. Lo saboreé gustosamente. El poeta había subido desde su surco hasta la cima del Parnaso. *Desde el surco* era obra—no se me olvida—de inspiración apasionada y de plenitud lujuriosa. La juventud de Arturo Reyes erguía en sus versos desafiando a la mujer, así, en abstracto. Ardían sus estrofas cual candelarios en que llameaban los deseos. Algunas otras, más melifluas, abríanse en capullos de madrigales. Varias eran atisbos de malandanzas de su suerte, sombríos exabruptos y quejas lícitas, pues no le acunó la fortuna del bienestar. Mas, por encima y a través de sus versos,

siempre ondeaba el gentil airón de la vida, sus treinta años no malditos—arrolladores y febriles.

Leí todas sus obras desparramadas, sus cuentos, sus novelas y sus romances paródicos de Andalucía; y sus líricas orientales, que recordaban las de Arolas; toda su labor de poeta y de costumbrista de Málaga. Después de *Desde el surco* dió a luz al público, con un prólogo explicativo de su idiosincracia andaluza y de su amor terrígeno malagueño, su primera novela: *Cartucherita*, esa deliciosa acuarela que fué el inicio de su fama y que, en síntesis, se contrae al amor, no más que platónico, de un torero gitano: *Cartucherita* y la cónyuge de su dómine y benefactor; pero la obra describe con soltura la vida externa de los Percheles, aquel barrio que citó Miguel de Cervantes cual uno de los focos característicos de la andaluza picardía.

Logró *Cartucherita* triunfos de prensa aunque no muchos de lectores. Después, Arturo Reyes lanzó a la calle otras novelas de su estilo, como *El Lagar de la Viñuela* y la atrayente *Goleterá*, cima de su renombre de novelista. Cuando, extrañado de mis lares, procurábame libros de Arturo Reyes, su prosa de vivos colores y fáciles gracejos, y sus romances me inundaban de resplandores y de perfumes patrios. Un libro de él era, en mi espíritu, día de sol en los Percheles. De lejos parecíame que mi tierra era así, y que, así, percheros y trinitarios andaban por las calles donde ocurrían los incidentes concebidos como en las novelas de Arturo; y que así placticaban de amor y celos Lola la *Clavellina* y el *Cantimplora*; y que así, faca en puño, se despachaban los mocitos de nuestros barrios, con espumarajos retóricos de sus locuelas peculiares. No, no era así; pero, yo, ingenuo, y por seducción de su pluma, me los figuraba evidentes. Ahora, alejado de aquel tiempo y de la encantada y graciosa sugestión del poeta y el novelista, me cercioro de que los tipos y la pintura de costumbres no se adecuan a los modelos. aunque tal circunstancia no amengüe un ápice el mérito, que reconozco, de la literatura de Arturo Reyes, como ocurre, sin que haya duda, con las *Escenas Andaluzas* de *El Solitario*, y de otros muchos.

Creo que fué el célebre autor de *La Dèbacle* quien afirmó que el arte no es otra cosa que la vida a través de un temperamento. Tal axioma viene en apoyo definidor de mis juicios. Arturo Reyes copió el cuadro de las costumbres, las personas y los lugares primitivos, sin recovecos psicológicos, como sus ojos los miraban. No podía

pintarlo tal como era, sino como era para él solo. Mundificó los tipos, en un rescate temperamental, infundiéndoles la gracia de su espíritu, privilegio de poetas que elegantizan la suciedad de los harapos y dan alma a las cosas que no la tienen, y con la magia de su péñola hacen de un montón de basura un puñado de diamantes.

Murió joven, a media edad, cuando aún podía enriquecer las letras. Todos, en Málaga, considerábamos a Reyes el literato de más brios de los íncolas de su tiempo. El letal alcaloide de la morfina acabó prematuramente con su salud y su existencia. La última vez que hablamos era, ya, otro. Enfermo, destruido, con el cabello que fue de azabache, de plata; la barba gris. Un mechón níveo le caía sobre las sienes. Aquel semblante era el de un hombre en las vísperas de la muerte; pero las facciones serenas revelaban el estoicismo, entre árabe y cristiano, de su alma pura. Solo los ojos, muy abiertos, conservaban luces de vida.

Interpretando al paisanaje no obtuvo la fortuna de otros insignes poetas y pintores. Si López Silva inventó al chulo madrileño y éste se adaptó a sus maneras; y Romero de Torres creó en sus lienzos a la mujer de Córdoba; y las «chiquitas» de la ciudad del Betis —no, en caso único, las del pópulo, sino todas—acabaron por ser análogas a los arquetipos surgientes del pincel de Julio Romero, los *Niños de la Mena*, los trinitarios, los galanes de la Goleta, todos los ternes y las mozas que llevó a sus novelas y a sus romances el autor de *Cartucherita* continuaron viviendo sin cambio alguno. Únicamente la guapeza que fue, otrora, característica de tales cides de navaja, de pantalón abotinado y de tufos, perdió su rejo de impetuosidad; y hoy se puede transitar por las calles de la otra banda del Guadalmedina, sin miedo a tropezar, no ya con jaques, sino con astrosos «chaveas» que molesten al transeúnte del bien vestir con pullas y limonazos. Lo tradicional ha perdido en los vetustos arrabales, hoy con viviendas mesocráticas; pero la ciudad ha ganado en todo lo que tuvo de índole propia, que valió a muchos escritores de los llamados de costumbres a interpretar a su capricho el interior de los Percheles y a su muchedumbre de guapos—hay que recordar a Franquelo—cual un rinconcito de Troya, y a suponer a los *menosos* auténticos Aquiles, dignos de Homero, y a todas las zagalas guapas Helenas, aunque con mantón de Manila y las crujientes faldas hasta el tobillo con caprichosos faralaes. El cine y las costumbres contemporáneas, imponiendo la gabardina a los Agamenones y los Patroclos, y el vestidillo hasta las corvas a todas

las esposas de Menelao, acabaron, hace ya lustros, con las novelas y romances de costumbristas; que, si escriben, no se inspiran precisamente, en la realidad, sino a cargo de suposiciones pretéritas, por tradición, como escribimos de las *Meninas* de Velazquez.

* *
*

Don Ramón A. Urbano sirve de ejemplo de veleidad en la fortuna. Produjo, en serio y broma, piezas de teatro—, entre muchas: *La Faenera*, de costumbres malacitanas—, novelas, cuentos, rimas, múltiples crónicas, y no logró la fama que merecía. No ciñó el laurel a su frente. Nadie le tuvo en el concepto de estimación que otros poetas y otros narradores de farsas ganaron a punto de pluma; y, sin embargo, sus novelas, en particular, las del ciclo de madurez, son superiores en argumento y estructura a las de sus colegas contemporáneos. Son de alabar, con alto encomio, *Fortaleza*, *La Diosa* y algunos cuentos de su libro *La Castañera*, que radican en Málaga. Fué abundante, aunque desigual, en sus obras. Algunas de ellas se editaron en volúmenes pulcros y pequeñitos, cual estampas de su individuo. En puridad, no fué un poeta de inspiración; pero, sí, en trueque, versificador tan correcto que estimo que, en su vida, tuviese Málaga ninguno mejor. Sus dos libros *Humo* y *Jirones* testimonian tal parecer. Don Juan Valera, en el prólogo de este último, le encomió con juicios benevolentes; y en su estudio sobre las letras y sus cultivadores de Andalucía, le citó entre los pocos de los que, entonces, y años atrás, representaban la tradición clásica y neta del arte de hacer versos en nada abstrusos, en colación con los mineros que calicatan en la hondura de las *Soledades* de Góngora, ni los hijos espurios del dios Apolo que gustan de las linfas de la Hipocrene; y perdonadme si por viejo y, es de creer: por anticuado, continúe creyendo que poesía es claridad y ritmo, sin más belleza que la concisión sin adobos ni locuciones perifrásticas. De la acribología que fué la norma del señor Urbano es alarde un soneto, que si transcribo es porque es la copia acabada de la típica vendejera. El soneto, que así se nombra, y que es precioso, es el siguiente:

*Sintiendo la nostalgia de la reja;
en el amplio almacén de frutos lleno,
se ensancha de la moza el alto seno
al rudo laborar de la vendeja.*

*Rastro de gracia y de perfumes deja
si ensaya el garbo de su andar sereno;
y aumenta el brillo del tesoro ajeno,
trabajando en prisión, como la abeja.*

*Ya envasa el fruto del naranjo opimo,
ya envuelve el odorífero racimo
en níveo lecho de doradas franjas.*

*Mas no se escapa a su mirada astuta
que ella es la sola, codiciada fruta
entre almendras, racimos y naranjas.*

* *

*

Ricardo León no era malagueño, sino catalán. Ya lo expuse en un prólogo de sus «Obras completas»; pero su amor a Málaga, en primer término; su residencia desde niño hasta adulto en la urbe que adoró siempre, en la que aprendió letras con nuestros dómines, se bachilleró en su Instituto, escribió en sus periódicos y revistas, trabó amistades, tuvo amores, imprimió sus primeros libros, aceptó, con equívoco que nos honra, el diploma de *Predilecto* en su calidad de munícipe, todo ello, en fin, le ata a nosotros, los que hemos nacido en la tierra de Estébanez y Relosillas, y de las pasas moscateles. Pero, además, en el catálogo de su producción coexisten tres novelas, que yo recuerde, y primorosos cuentos que nos atañen; y estos son los estímulos que me inducen a incluirle en el compendio de costumbristas de la ciudad. Fuere, en mí, osado disertar sobre lo apodíctico de su calidad literaria. Ya opinó de él, con gran enjundia, Alonso Cortés, no hace mucho; y el cariño entrañable que desde mozos nos profesamos, sin paréntesis, el maestro de *Jauja* y *Humos de Rey* y este admirador de sus dones, no me permitirían con la adecuada imparcialidad referirme a su labor de literato, eminente en el arte de hacer novelas, más cerebrales que vividas; y que ello no se tome por un reparo, sino expresión sin veladuras de mi sentir sobre el tesoro del monumento que se erige, señero, en las letras de España, con libros cual sillares pulimentados.

La prosa clásica y moderna, de estilo, a veces, oratorio, pero impecable, del maestro Ricardo León nos incita al deleite de la

lectura. Ya don Antonio Maura mostró, con alta autoridad, predilecciones por tres títulos de su nómina, que son tres dechados de péñola y de invención: el uno, *Casta de Hidalgos*; otro, *Alcalá de los Zegríes*; y otro, *El amor de los amores*; mas yo prefiero la *Comedia sentimental*, por fina y alquitarada y—¿por qué no decirlo?—por malagueña. La acción de este libro transcurre entre las rosas y las palmas de los jardines suburbanos, en hoteles aristocráticos o de elegante burguesía, y entre personas de buen gusto. El escritor capta el ambiente, que apenas conoce, inspirado por intuición, y consigue crear el breve mundo de sus ficciones con realidades absolutas. El Limonar y la Caleta son escenarios «aun no hechos» que León diseña y pinta con gran donaire. El «copo» se describe con tal verismo que el lector ve las redes en donde bullen los plateados boquerones y aspira el olor del salitre. Hay un plantel florido de malagueñas que nos encantan y subyugan. Lo de menos, en esta obra, es la ilación humana del argumento, la historia melancólica de un otoño que sueña con idilios primaverales y ha de renunciar tristemente a su ilusión. En el *Epílogo* hay una humildad filosófica, una patética y profunda resignación que nos abate, como al héroe maduro de la jornada, cuando reflexiona y explica:—«Esto es vivir; hoy que lo he aprendido, me siento más humano, más resignado y humilde que nunca, humilde y resignado como la retama del desierto.»

Esta narración deliciosa se da a la estampa en mayo del año nueve; y después, en el propio año, regala a sus lectores con otro libro que es *Alcalá de los Zegríes*, un libro fuerte, duro, de drama trágico y de pasiones exaltadas por el amor, por el dominio y la política de presa. La acción sucede en Ronda, pueblo serrano «*de casta mora y de blasón latino*», como se esculpe en el soneto con que principia su lectura; porque *Alcalá de los Zegríes* es nombre imaginario con que el poeta bautizó al pueblo peregrino—tal vez, el más bello de España—, en donde nacieron, entre otros, el caudillo cristiano-árabe Omar Ben Hafsum, el poeta, músico y novelista Vicente Espinel, autor de *Marcos de Obregón* y de la décima retórica; el político Ríos Rosas; y, luego, el *Niño de la Palma*, héroe con lujo de caireles que renovó en los cosos contemporáneos la gloria inmarcesible de los Romeros.

La tercera obra malagueña, donde León vertió las hieles de sus odios de hombre sin mácula, honesto y cabal, es de pícaros engendrados en todas partes, entre los Maniferros y Monipodios de su

juventud. Y no he dicho, y ahora lo expongo, que Ricardo era un libelista temible; pues, alguna vez, en polémicas de diario a diario; y, en ocasiones, al socaire de algún pseudónimo, abatanó cueros de gente digna de la horca o el presidio. Y esta novela a la que aludo, que se titula *Los Centauros*, que tiene raigambre de siglos en la literatura de picardía se escribió con hieles del alma.

Ya, en el *Prólogo* nos adviera Ricardo León:—«Cuento aventuras y desventuras enteramente reales, y vistas con estos ojos que se ha de comer la tierra; sucesos no fingidos sino observados en los rincones, callejuelas y encrucijadas de la vida española, tan pintoresca y entretenida en todo tiempo»—Y así es; que no miente cuando lo escribe. *Medina del mar* es el nombre adecuadamente geográfico que alude a Málaga la *Bella*. Casi todos los personajes de la ficción están sacados de la cantera viva de los recuerdos. Yo he conocido a muchos de los que gritan, pululan y bracean por *Los Centauros*; y anduve en danzas de caciques y de bergantes de la pluma; ya que, cual afirma en el *Prólogo* refiriéndose a la novela:—«quise variar de salsa y echarle un poquito de sal y pimienta con otros aderezos de mi invención, pues yo fuí cocinero antes que fraile y algo pícaro y galopín en mis primeros años juveniles.»

Los Centauros ven la luz pública en el 1912. Esta fecha señala el ápice de su renombre de escritor. En 9 de mayo de 1912—a propuesta de Echegaray—la Real Academia le elige, por unanimidad, académico de número en la vacante que dejó al morir el polígrafo don Eduardo Saavedra. En 17 de enero de 1915 entra en la docta Corporación, del brazo de su jefe político don Antonio Maura y Montaner. El discurso de ingreso versa sobre *La lengua clásica y el espíritu moderno*. Ricardo León se sienta en la silla marcada con la letra B., que ocuparon Meléndez Valdés y Bretón de los Herberos, entre otros inmortales desconocidos o, a lo sumo, poco lustrados de celebridad literaria.

En uno de sus últimos volúmenes, el titulado *Olla podrida*, inserta un bello artículo: *El racimo de uvas*, que le dá ocasión para disertar con brevedad sabrosa sobre las excelencias de Málaga. De tal trabajo reproduzco, para solaz de oyentes y de lectores, y en comprobación convincente del maravilloso estilista, el final del artículo, conclusivo, también, de mis esbozos sobre el maestro. Se trata de un apunte que rememora al de don Pedro Gómez Sancho sobre la vendaje de Málaga.

«Málaga—nos dice el autor de *La escuela de los sofistas*—en esta

como en otras muchas cosas es un país privilegiado. Su riqueza es de tal calidad, de tal abolengo, que por sí sola constituye un elemento de poesía. Los frutos de aquella tierra hablan más a la delicadeza de los sentidos, al placer del *gourmet*, que a las groseras necesidades del estómago. Un racimo de uvas, un ramo de naranjas, un puñado de almendras, unas aceitunas, un cáliz de vino, los plátanos, las pasas, las chirimoyas, son golosinas, regalos de la Naturaleza, dádivas del sol.»

«Cuando llega la vendaja, una onda de poesía pagana, de alegría báquica y dionisiaca, inunda la ciudad y las campiñas; el tráfico y el olor de las vendimias trascienden a todos los rincones. Por montes, vegas y caminos van a modo de alegre romería, los frutos de la cosecha: las uvas doradas, las pasas moscateles, el vino nuevo de los lagares; los almacenes se llenan de rico fruto y exhalan denso tufillo a mosto; una animación, una alegría de feria y de mercado llenan las calles malagueñas; la faena en los almacenes es una nota de color, un cuadro pintoresco de juventud y de abundancia; el puerto se llena de navíos, que aguardan para henchir sus vientres de la carga olorosa; se oye el chirrido de las cabrias, el gemir de las sirenas, el aleteo de las hélices, los mil ruidos de aquella muchedumbre de campesinos, mercaderes y marineros, como una gran sinfonía de la tierra y de la mar.»

«Los *catetos*, curtidos por el sol, hormiguean en los mercados, en los muelles y en las tarbernas, y se asoman a los cafés y los teatros con caras de asombro. Allí, los de Álora, famosos por sus canciones, gentes hoscas en el teatro y dulces en el sentimiento, en quienes parece connatural el instinto de la música y del canto de esta tierra; los de Coín, hábiles hortelanos, hijos dichosos de uno de los rincones más bellos de España; los de la serranía de Ronda, gente indómita y brava, jamás vencida; los de las ventas de Mesmiliana, antiguas reliquias de alcuña griega; los montesinos de los Gaitanes y de las mesas de Villaverde, que ponen sus chozas donde el grande Omar puso sus tiendas, junto a los nidos de las águilas reales; los que beben las aguas del famoso Guadalevín y los que plantan sus naranjos a orillas del Guadalhorce; los que se alegran en la vega risueña de Campanillas y tiemblan al escuchar el ronco son del trueno en las ásperas cumbres; los que cosechan las doradas uvas marbellíes y los que se gozan en la repuesta vega antequerana; gentes diversas del monte y del prado, del ingenio y del lagar, de la sierra y de la costa, que criaron con sudor de su frente y alegría

de su ánimo los racimos dorados, los caldos olorosos, las naranjas opulentas, todos esos frutos malagueños llenos de poesía...»

* *
*

Aunque con omisiones no dependientes de mi voluntad, del espacio de que dispongo, y pesadumbre de discípulo o de colega, he de poner el *finis coronat opus* a esta selección compendiada de insignes costumbristas del *alma máter*. Osé hablaros de aquellos que, por desgracia o por ley de la vida, duermen el sueño de su eternidad y renombre, unos en pinganitos, como acontece con Rueda y León; y otros en sombras como Juan José Relosillas; mas no rematé mi tarea, porque aun deseo hablaros—ya, brevemente—de los que lucen en la vida—y haga Dios que por luengos lustros—lo mejor de su inteligencia. Muy brevemente, pues no olvido que ahora se escribe más ainas que en los años pretéritos, y el discurso pudiera ser, entonces, interminable; lo que no me consentiréis, haciendo conmigo lo propio que, con irreverencia, se hizo, há ya tiempo, con el vate sáfico—adónico de *La Creación*, cual expuse al iniciar este bosquejo; pero extraeré, como al acaso, no *exceptis excipiendis*, solo dos nombres para añadirlos a la onena de ilustres patricios del habla en su relación con nosotros. Solo dos, y concluyo. Uno es poeta, sobre todas sus calidades; y el otro gallardo prosista; y los dos más castizos que los que pueblan las calles populosas de allende el río y el arrabal del Mundo Nuevo.

El poeta es orondo en el físico y de descollada estatura. Sus versos, acopiados en tres volúmenes, le han conquistado merecida popularidad. Pecorea—en el concepto más honroso—por los dominios de Talía y hasta se aplace con su hermana, la curiosona Clío; pero es Erato la que le infunde lo más puro de su corazón y su estro; y tal condición apolínea es la que me induce a incluirle en esta galería de observadores del costumbrismo malagueño. Con su corpachón y sus grasas se me figura, más que lírico, un malagí de nuestras costas que hala de las betas del copo y saca en la red metafórica pescadillas y boquerones. Yo le desvisto de su traje, le arrebató sus lentes y le sitúo en las playas de la Caleta con una blusa de remiendos, con un pantalón carmelita a media pierna, con su faja en donde el cuchillo se oculta, y a pie desnudo; y le contemplo soplar y sudar, encorvado en la postura típica y fatigosa de hombre de la mar. No ha podido Madrid borrarle de la mente su

calidad de jabegote. Cuando era mozo, en los albores de la mocedad, y escribía versos muy suyos, sin más normas que el oído interior, vino a verme su padre, un hombre de negocios, y se me quejó de esta guisa:

—¡Eze niño que no trabaja...!

—Déjelo estar, y no se enoje —le contesté—. Seguramente no comprará cortijos haciendo versos, ya que el escribir, en España —salvo excepciones— no abastece a aspiración tan útil como ser amo; mas no se preocupe, porque *eze niño* va a ser un gran poeta que os dará fama. Labrador, sí, es muy práctico, y enriquece a los dueños de los cortijos; pero son muchos, muchos los propietarios y poquísimos los poetas de la calidad que delata la inspiración de Pepe Carlos... aunque yo disienta del modo.

—Entonces... tú, ¿te crees...?

—Creo y afirmo —insistí, con firmeza—. ¡Déjele, déjelo! Los cortijos ya usted los tiene. ¿Para qué más?

En las facciones de don Antonio Luna destelló, célere el relampago de su júbilo; y como don Antonio considerábame como a la Sibila de Cumas en punto a hacer pronósticos literarios, levantó los hombros y dijo:

—Bueno, allá ustedes... que estáis locos.

Y se marchó.

De aquel entonces hasta ahora mismo Pepe Carlos, entre unos alardes históricos, una biblia del *Cante jondo*, y trabajos para la prensa, ha dado a luz —siempre parece que va a dar a luz— tres volúmenes que son tres joyas y se llaman: *La taberna de los tres Reyes*, el lamentable *Cristo de los Gitanos*—lamentable por su escultura—, y *El café de Chinitas*; y en los tres late el corazón de Andalucía. Nadie supo cual Pepe Carlos llevar a sus versos arrítmicos lo más popular, lo más hondo de la región en que naciera. Aquí, en este senado, que es arca santa de la pureza del lenguaje, tal vez, sonarán, mejor dicho, disonarán sus versos como blasfemias—¡unos versos en que no atiende a los cánones de la lírica!...—Yo también, me enfado con ellos; pero, ¡ay!, me gustan y los leo, y hasta me los sé de memoria. —Cuanto los oyen en la radio o van a escucharlos, por boca de mi colomboño y pariente González Marín, o los leen en el ejemplar, se entusiasman ante composiciones como *El Piyayo*,—calé con tufos y con liendres, arabeloso y con el alma transida de ternura—, que ya no existe; o como *La Mi sa mayó del Pae Miguelito*—a este *Pae Miguelito* le ví en la losa,

traidoramente asesinado; y yo, por entonces Alcalde de la ciudad, tuve la houra, y con ella la pesadumbre, de pronunciar su oración fúnebre—; o como la que Luna dedica a la *Amica Amaya, cantaora*; de cuya poesía son estos versos que la describen, ya caduca:

*Esta gitana vieja
con la cara curtida por adobo barato,
de negros añadidos y peineta de teja;
esta gorda flamenca con andares de pato;
que en Ronda bautizaran
a poco que de Ronda los franceses marcharan;
esta odre tan castiza
que empinando una copa de aguardiente serrano,
traspuesta se hipnotiza
y olvida su vivir hampón y chabacano,
tiene morros fruncidos, de los que un viejo dijo
que conocen los besos del simpar «Lagartijo».*

.....

*Los trinos de su pecho
pusieron repeluznos en el «Café sin techo»
a un abigarramiento de tratantes, matones,
señoritos, toreros, alguaciles y hampones.*

*A sus pies rebotaron los centenes de oro
que arrojó un caballero con barbas de moro,
y el chorro luminoso de ardiente manzanilla,
al colmarle su caña, cantó por «siguiriya».*

*Esta gitana vieja, ¡más vieja que el Castillo!
que arrebola su cara con polvos de ladrillo
y luce chamuscados los pelos del bigote,
aun con la guitarrilla se gana su guisote,
arrastrando orgullosa la bata de lunares
por inmundos garitos y tristes lupanares.*

*Yo quise rodearte de pan y de respeto
porque eres relicario de exquisitos joyeles;
pero adoras el vicio, porque él es tu amuleto,
y el hambre y la miseria, porque son tus caireles.*

.....

*Y si, al fin, a la Muerte
se le antojan los cardos del huerto de tu vida,
no temas; por tu suerte,
la sombra generosa de Paco «el de Mairena»,
las de Pedro Montoya y Antoñito «el Camborio»
encenderán los picos de un velón de Lucena
para tu velatorio.*

*Y a los guiños azules del lucero miguero,
tu alma, rebujada entre sus blancas manos,
por el dulce mandato de un Cristo trianero
irá al rincón de gloria que habitan los gitanos.*

Cual tales fragmentos poéticos os podría citar muchos de Pepe Carlos, pero ellos tan solo me sobran para demostrar el desgaire y la emoción interna de este ancho trozo de humanidad con tantas libras en su persona como esencias de folklore en su psiquis de malagueño. Y con decir que Pepe Carlos —Pepe Carlos de Luna— no se parece a nadie, ¡a nadie!, ya os dibujo su alta calidad trovadora; pues, de considerarle como prosista, tal en la *Historia de Gibraltar* y otros trabajos en que se aplica a historiador, póngase Pepe el holgado frac y el copito de la corbata blanca y, hecho un modelo de elegantón, llámec a la puerta de la Academia de la Historia; que acá no se nos mete—ya está en la casa, como correspondiente de Andalucía, para honor de una y otra—, sino vestido —mi adveración es solo trópica— con las clásicas prendas del jabe-gote; o, si así lo prefiere, con otras ropas: con el marsellés de corderas, el pantalón hasta los pechos y el sombrerote gacho de campesino y con estampa de gitano, la suya propia de poeta.

* *
*

Y ahora hablemos de Bejarano, de don Francisco Bejarano, que es archivero y otras cosas del Ayuntamiento de Málaga y, literariamente, de doble estilo, como es, también, de doble firma. Coexisten en su espíritu dos tendencias: la popular y la erudita. Esta, de paleógrafo consecuente, cuya afición, ya consagrada en testimonios oficiales, le induce a la lectura de palimpsestos y otros vetustos pergaminos, a descifrar las escrituras procesales y cortesanas, y a revivir datos y fechas para exhumar nuestro pretérito, con más de una preñada monografía sobre *La industria de la seda y la Historia*

del Consulado y de la Junta de Comercio, amén de otros conjuntos documentales; y de cuya lectura —¡Dios sea loado!—libréme hasta aquí, temeroso. Además, sirve y clasifica en los plúteos del Municipio legajos con balduque, que me figuro que deben de ser posos de nuestra historia; y alinea en estantes hasta los techos miles y miles de librotes, con sus fichas correspondientes, que ya forman la biblioteca de la ciudad, gracias al celo del señor Bejarano, sin más ayudas que las manipulares de un mecanógrafo y las pedestres de un portero que viene y va siempre cargado de volúmenes que transporta igual que pilas de ladrillos; y muchos no habrá duda de que los sean. El señor Bejarano desasna alumnos, en calidad de dómine. Por todo ello—y olvidando que le conozco con intimidad—le imagino no en su aspecto de señor jóven—jóven... de la Edad Media, valga el equívoco—, sonriente y amable, sino espetado, de adusta faz y con las gafas en el borde de las narices, leyendo en un infolio con roeduras de ratones irreverentes y con taladros de polillas, ante un hondo tintero de Talavera y unas plumas de aves. Pero no es este el don Francisco Bejarano que se presume por sus obras de erudición y de paciencia, ni eso aquí nos importa, sino aquel otro que evoca con donaire malagueñísimo, con chairas y floreos, usos, costumbres e historias de las calles, de las tabernas, de los cafés cantantes o sin *jipíos*, y otros rincones y aledaños de la ciudad, de la que él sabe no por tumbos del medioevo sino por referencias que va aquistando de boca en boca de la gente que se peina las canas, o se las tiñe, entre dos sorbos sanluqueños y un camarón. He aquí al hombre que nos seduce e interesa, el que no firma propiamente, sino con un pseudónimo de abolengo tan popular que ya lo cita el propio Miguel de Cervantes: *Paco Percheles*. Tal pseudónimo no lo adoptó por simple antojo, sino porque aquel barrio que, en otro tiempo, fue el de los *Niños de la Mena* y de las mocitas juncales con clavelones en el moño, fue, en la niñez de Bejarano, vivienda y lugar de sus juegos.

La labor de *Paco Percheles* en su calidad literaria de costumbrista es relevante. De ahí que se le inserte, cual es lo justo, en este índice lato y corto—no hay que explicar la paradoja—que encabezara con sus títulos de prioridad *El Solitario*. *Paco Percheles* no blasona de ser preciosista del léxico, cual Estébanez; ni, tampoco, tagarotea con el garbo y el ingenio de Relosillas, ni escribe con la pluma de Arturo Reyes; pero sus apuntes de género, sus anécdotas populares, sus relatos y evocaciones reflejan sin retórica todo un siglo que va

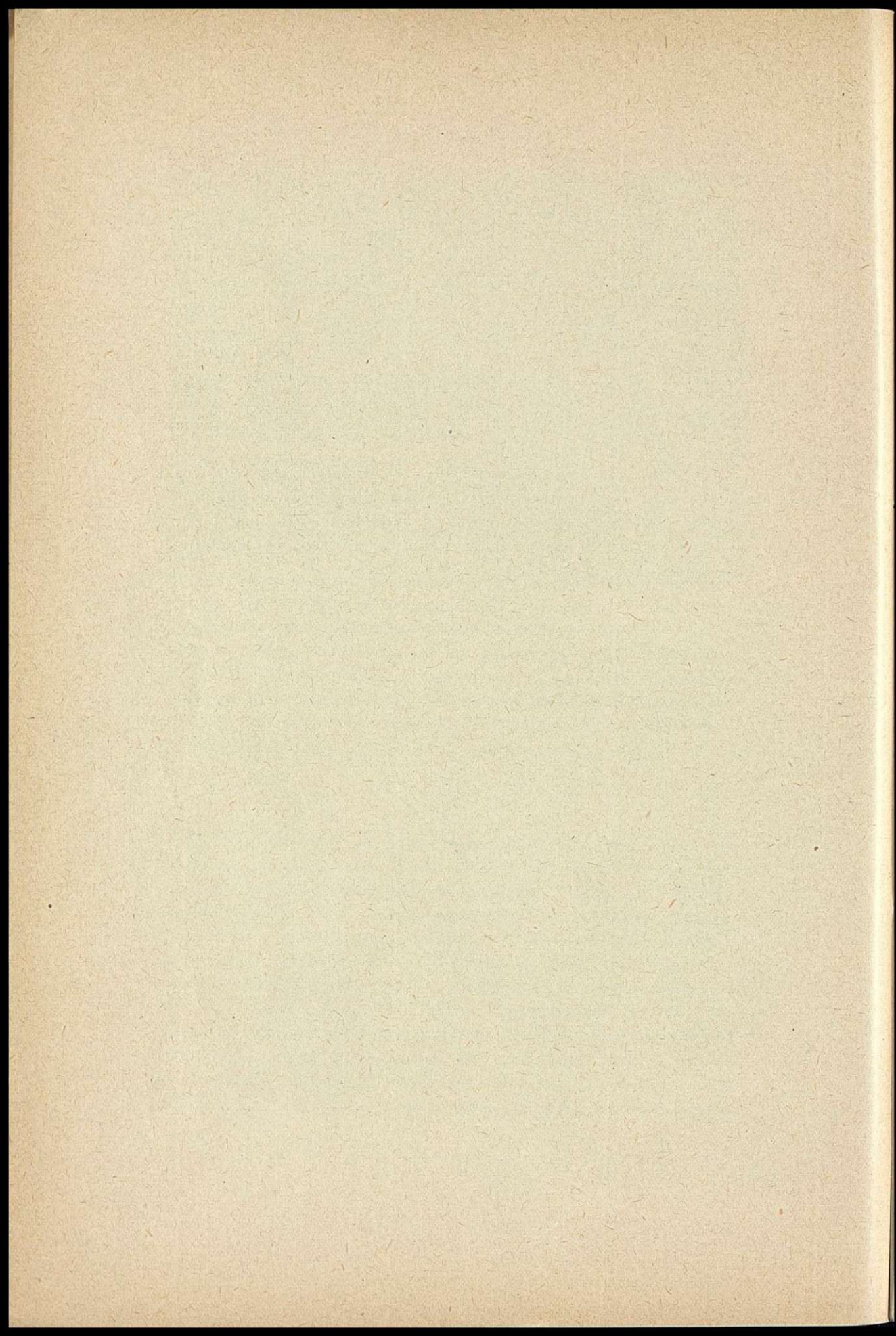
desde mediados del XIX hasta los propios actuales. Este benjamín en la prole de costumbristas de que os hablo, hace literatura, mas no a la usanza de los demás, con invenciones acomodadas al ambiente y a favor de un temperamento, interpretativo a su modo, pero casi nunca adecuado al natural que copian; que, antes bien, suele ser historiador de lo propio y detallar, en ocasiones, hasta las cosas fútiles. De esta suerte, escritor un poco escribano de las covachuelas de Clío, nos da impresiones objetivas y, en mi opinión, auténticas, sin el libre subjetivismo de los otros, con excepción de Gómez Sancho. Cuando nos historia una calle, con el origen de su lápida, con las transformaciones de su estructura, con su vivaz anecdotario, con los vecinos que la hicieron más popular, *se ve la calle*, como si el lector transitara por sus aceras, en el tiempo en que nos la describe. Si nos relata cómo fué una taberna de ha medio siglo, no hay quien no piense que traspasa el vinario umbral, que se acoda sobre el mostrador, y que aspira el olor generoso de sus licores. La veracidad es su norma, y la habilidad es su musa. Se documenta a lo erudito y es minucioso si plumea, sin inventar, inventariando; pero con fuerza plástica y sin afeites ni requilorios metafóricos. De su juventud—relativa, pero entusiasta—, de sus métodos, de su erudición es de ley que pueda esperar Málaga muchas obras que perennicen las costumbres, la semántica, los anales, los tipos heteroclíticos o famosos de especialidad ciudadana—un orador, un vagabundo, un fraile, un quídam con ribetes de original—y lo más neto y singular de nuestra tierra.

* *
*

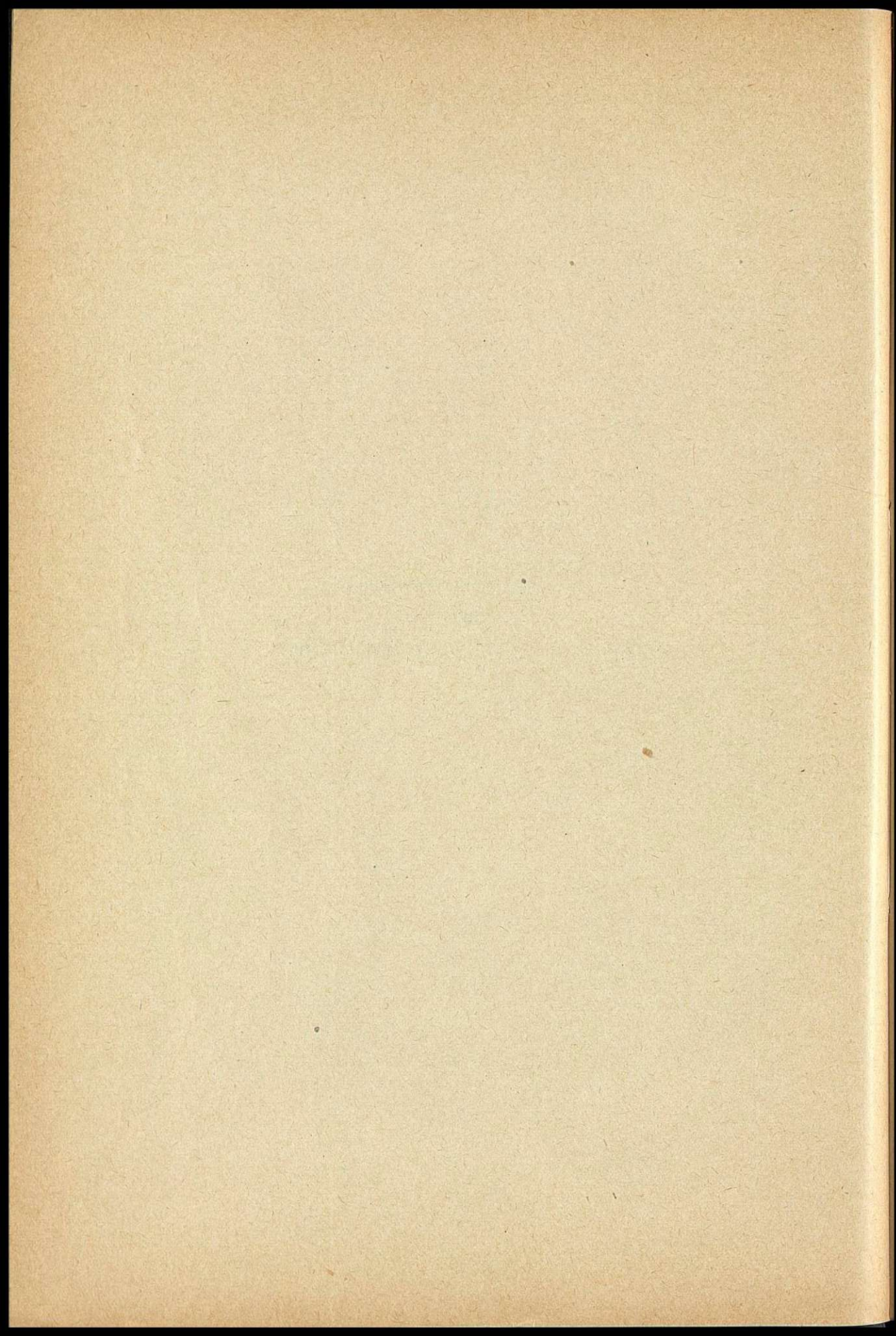
El vendedor de boquerones solía—ya, no; porque, ahora, un boquerón vale cincuenta duros—añadir, con alarde de generoso, un puñado sobre el platillo de la ictiológica cliente. Yo, también, cenachero de la Caleta, voy a agregar, no de tal forma, sino en justicia no pesada, algunos nombres de alevinos—que en breve serán peces gordos— a esta docenita de fraile de boquerones «brancos como la prata», y que, para fortuna de nuestra tierra, están allí «vivitos y coleando». Trátase de escritores de alta valía y de juventud, que ya muestran su talento, sus dotes observadoras y la sal de los mares de que proceden. Son... no podré citarlos, porque son múltiples, con los encomios merecidos; mas, quede aquí constancia—sobre el platillo de mi discurso—de unos cuantos: Sebastián

Souvirón Utrera, autor de cierto opúsculo anopistógrafo, o impreso únicamente por una página, de versos al uso de hoy, pero palpitantes de vida e inspiración—vivitos y coleando—; y de otros libros de sutiles observaciones malagueñas, más de un buen porqué de trabajos de los que dieran tanta fama a los costumbristas mejores, amén de preciosas rebuscas en los viejos archivos; Angel Conejo, periodista de fácil vena, que ha dedicado horas de ocios a los rincones pintorescos y a los usos de autoctonía; Juan Antonio Rando... y no sigo; pues la refacción témome que resulte mayor que la pesada; y este recelo ya no es por mí sino a la cuenta de los sufridos concurrentes, a los que—va por súplica—pido, en gracia a la intención, que me perdonen.

Quedamos, pues, en que aquí estoy—y comparecí ante vosotros para probar vuestra paciencia—con esta mazamorra de alandros críticos, cual pintor de costumbres de Andalucía; pero, más bien, con el propósito de recoger laureles que merecieron, por concinidad y otras gracias, los escritores de mi tierra.



DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. D. AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO



Señores Académicos:

ABRENSE hoy de par en par las puertas de esta casa, viejo solar de las letras castellanas, para que pueda ingresar en ella con los honores máximos el insigne novelista malagueño y Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo en dicha ciudad Don Salvador González Anaya. No viene empero solo: si a todos los buenos escritores, en justo privilegio, síguenles sus obras durante el curso de su carrera literaria, también a él le acompañan ahora, en tropel bullicioso y gozosas de su triunfo, las heroínas de sus novelas, aquéllas que amorosamente modeló con el barro de la vida y de su arte creador, como si quisieran ser testimonio fehaciente del acierto que tuvisteis al elegirle. Y así, ved ahora como desfilan idealmente ante vosotros, ruborosas o desenvueltas, la sensual Rosarito de *Rebelión*; Concha sacrificada en *La Sangre de Abel*; la enigmática Mercedes Sandoval de *El castillo de irás y no volverás*; aquella Tani Trani que lleva a *Nido de Cigüeñas* todas las alegrías de Madrid, e Inesilla la Sosa de *Nido real de Gavilanes* del brazo de la mal afortunada Rosa María de *El camino invisible*, y con ellas Fuensanta, la cordobesa de *Los naranjos de la Mezquita*; Angustias, la altiva niña granadina de *La oración de la tarde*; Custodia, Amparo, Sor Felicidad... ¿para que seguir presentándolas, si a todas las conocéis ya de antiguo por vuestras sabrosas lecturas de las obras de Anaya?

Pero ellas os dirán también que hasta darlas cuerpo e infundir en sus almas afectos y pasiones ¡cuántas y cuántas horas pasarían por Anaya de incesantes lecturas, formadoras de su estilo, de observación acuciosa de la vida, de tanteos y esbozos de sus ficciones novelescas, de todo ese noviciado literario, en fin, mucho más pe-

hoso de lo que el vulgo imagina, para quien pretende labrarse un nombre en la república de las letras! La vocación del escritor nato raras veces se hace esperar, porque hay en la juventud como un hervor interno que la delata, y al que hay que dar saludable salida, como Anaya lo hace en los albores de la suya con poesías y artículos en prosa, que encuentran fácil hospitalidad en los periódicos y revistas de su tierra natal y del mismo Madrid. Luego, el primer libro impreso, hace ya cuarenta y nueve años, de versos, naturalmente, *Cantos sin eco*, prologado por Manuel Reina, al que sigue poco después otro también poético sobre temas mitológicos, que lleva un título original entonces, muy manoseado por los años, *Medallones*, y a su frente un buen soneto de nuestro antiguo compañero D. Emilio Ferrari. Aunque parezca extraño, componer versos es también una excelente preparación para ser novelista, porque la fantasía se ensancha, el vocabulario se enriquece, fórmase el estilo, y sobre todo, se aprende a distinguir lo bello de lo prosáico y vulgar. Y aun cuando Anaya no vuelva ya a publicar más libros de versos, no dejará por eso de escribirlos, y en una de sus últimas novelas, *El camino invisible*, campean dos *Estampas malagueñas de finales del siglo XIX*, escritas en verso, de una preciosa serie de ocho, merecedora de salir todas a luz, por lo típico de sus temas y el brío desenfadado y policromo con que están trazadas. Todavía no asoma el novelista: todavía para Anaya no existe más que su mundo poético interior, que forja esos ensueños y quimeras que no nos dejan ver la realidad que bulle en torno nuestro. Pero ese día en que ella nos fascina y encadena llegará muy pronto para él, inspirándole, muy joven todavía, las páginas candentes y atrevidas de su primera novela *Rebelión* (1905), con las que alcanza su primer triunfo también, franco, unánime e inesperado, que nuestro compañero Marañón acaba de evocar en un Prólogo, exquisito como suyo, puesto a las *Obras completas* de Anaya. Y digo inesperado, no porque esta novela, con todas sus inexperiencias y juveniles demasías — corregidas discretamente después — no lo merezca, sino porque Anaya vive muy lejos de la Corte madrileña, de sus cenáculos y capillas literarias, dispensadoras caprichosas de la popularidad y de la fama, alejamiento voluntario que durante varios años será también injusto obstáculo a la suya, como si en las provincias españolas no pudiera escribirse con tantos primores y galanuras como junto al pilón de la Cibeles. A pesar de ello—repito—el éxito de *Rebelión* fué muy grande. Libro fuerte, sincero, rebo-

ñante de pasión, en el que ya asoma el novelista enamorado de la luz y del color, y al que saludarán con vivos aplausos críticos como Unamuno y González Blanco, señalando en su joven autor una sólida esperanza de la novela española.

Pero ¡cosas de los jóvenes!. Este triunfo resonante que hubiera debido ser para González Anaya acicate y estímulo en su carrera literaria, déjale al parecer indiferente, pues, con no poca extrañeza de cuantos le habían acompañado en él, su pluma novelística permanece muda durante diez años más. ¿Pereza andaluza?. ¿Presunción juvenil que se contenta despectivamente con el éxito logrado y no ansía otro más? Probablemente, no: acaso una voz interior, aleccionadora, le decía al oído que la novela pide años y tiempo, observación y estudio, conciencia posesiva de la vida, que, como dijo Brunetière, es «la substancia del Arte». Otro antiguo antecesor nuestro, Ortega Munilla, que ha adivinado la positiva aptitud del autor de *Rebelión* para la novela, procura con sus consejos sacarle de su apático marasmo, y hasta le brinda el título para una nueva, que Anaya, dócil esta vez, escribe por fin: *La Sangre de Abel* (1915).

Permitidme ahora, Señores Académicos, una pregunta: el novelista ¿nace como el poeta o se hace como el orador? Mucho, mucho puede sin duda el trabajo tenaz y concienzudo, la imitación de los grandes modelos, el ambicioso afán de escudriñar el corazón de los hombres y recoger pacientemente todos sus latidos. Pero, en mi sentir, no basta disponer del simbólico espejo de Stendhal y llevarlo consigo un día y otro por los caminos del mundo, ni cubrir las páginas del librito de memoria, como nuestros clásicos llamaban al afrancesado *carnet*, de casos reales y dichos ingeniosos, al igual de Daudet y los Goncourt; todo este trabajo será necio y baldío si no sentimos dentro de nosotros mismos el misterioso aleteo, el inefable temblor de la aptitud que Dios puso en nosotros al crear nuestra alma. El novelista nace como el poeta, y por esta predisposición congénita para serlo merecerá título de tal, como Anaya con *La sangre de Abel*. Los más autorizados críticos de entonces, *Andrenio*, *Zeda*, Cejador, Dionisio Pérez y otros, cito ahora tan solo a los ya muertos, resaltan el valor novelístico de este libro, su visión aguda del paisaje, el colorido de sus pinturas, el don de infundir en sus personajes pasiones humanas y profundas, el íntimo patetismo de la protagonista, que, al sacrificarse, hace una vez del amor, al estilo griego, ternura y compasión. Sentir la Naturaleza, como la siente ya Anaya en esta novela, aún en sus aspectos más humildes

—recuérdese aquella pictórica descripción de un gallinero, donde todos los colores se juntan como en una rica paleta—es prenda inseparable de todo buen novelista y nuncio venturoso de sus seguros triunfos.

De pronto la carrera literaria de González Anaya sufre otro largo paréntesis: la política le llama con su voz engañosa y le aprisiona entre sus garras. Oí yo decir cierta vez a una señora de mucho talento, y que lo sabía además por personal experiencia, que la política es para la mujer propia la más temible de las rivales, y para el hombre la peor de las queridas; y así es en verdad, porque, absorbente y tiránica, rara vez concede vagar bastante para las tareas literarias. ¡Cuántas y cuántas vocaciones en este orden hemos visto malograrse! Anaya es nombrado Alcalde de Málaga, su ciudad natal, (la casa en que vió la luz álzase frontera a la de Cánovas), cargo que desempeña con notable acierto durante año y medio. Y para que su pluma no se enmohezca, a su salida del Concejo redacta una Memoria en que da cuenta honradamente a sus paisanos de su propia gestión municipal, probándonos con ello que, además de poeta y novelista, es hombre de acción, acción fecunda y de altas miras, como más adelante vereis. No tengamos, empero, por perdido este tiempo para su formación de novelista, que es cargo el suyo precioso observatorio humano, por delante del cual desfilarán no escaso número de tipos bizarros y curiosos personajes, aprovechados y revividos por él con ingenio y humor en posteriores libros.

Descanso provechoso además, porque de él saldrá una de las novelas más logradas de Anaya, al menos para mi gusto, *El castillo de irás y no volverás* (1921), título simbólico de una obra donde ya se revela la madurez del escritor, la serenidad y temple con que sabe conducir la acción, acción sencilla y sin grandes peripecias: la contrafigura del protagonista, una mujer, pasa a lo largo de ella como una sombra evanescente, deliciosamente femenina, pero ¡ay! inaprehensible a los brazos del hombre que la codicia, actor por su parte de aquella íntima y dolorosa tragedia que a todos los humanos les llega y toca representar un día en el teatro de la vida, cuando ida la juventud, y apurados los años maduros, asoma la vejez con su fea catadura, para aventar implacable las últimas quimeras del corazón iluso. Tema profundamente humano, que Anaya desarrolla en esta preciosa novela con suave y serena melancolía.

Renovarse o morir, aconseja la preceptiva literaria; y, obediéndola, también Anaya se renueva en otra novela, *Las brujas de la ilusión* (1923), que aparece dos años después, libro digno de un maestro por la sencillez de la fábula, que corre mansa y sin conflictos hasta poco antes del fin, por la naturalidad de la acción, donde al movimiento habitual de las novelas de Anaya sustituye un sutil humorismo, una irónica y graciosa psicología. Con la particularidad además de que Anaya que en todas sus novelas es víctima gozosa de la singular fascinación que sobre él ejerce *el eterno femenino*, cuyas figuras modela siempre amorosamente, recreándose en sus contornos y donaires, aquí, al opósito, sírvese de un hombre como protagonista, sincero relator de sus desventuras conyugales, con trazos vigorosos y calientes, que recuerdan a Galdós en sus mejores novelas contemporáneas. Un crítico de esta novela, a quien los hábitos religiosos que vestía y su alejamiento del mundo hacían más imparcial y justo, recibíola alborozado con los más fervidos elogios, encareciendo la fuerza de su inventiva, la habilidad técnica de su trama y la riqueza descriptiva de aquellos campos malagueños, cuadros tan opulentos de luz y colorido, que parecían trasunto literario de los pintados por sus coterráneos Moreno Carbonero y Muñoz Degrain.

De este modo, día tras día y una novela en pos de otra, maestro de sí propio, con ese feliz autodidactismo de todos los grandes escritores, llegará González Anaya en 1927 a la cumbre de su carrera literaria con su mejor novela, *Nido de cigüeñas*, juicio no solo mío, sino fallo popular, que en este género es siempre a la postre el más acertado y objetivo, novela que puede hombrearse sin jactancia con las más excelentes del siglo XIX.

Pero antes de internarme en ella, permitidme, Señores Académicos, en justificación de mi aserto, unas leves disquisiciones propias sobre tema tan sabroso y sugestivo siempre como es la preceptiva de la novela ¿Qué es estéticamente la novela? No temais que os canse ahora trayendo a colación las innúmeras definiciones que de ella se han escrito; más, para poder arrancar de un punto firme en esta divagación y que haga de paradigma con la obra literaria de nuestro nuevo compañero, yo me atrevería a definir la novela con esta simple fórmula: «*La Realidad embellecida por el Arte*». Harto escueta y concisa la estimareis: pero paréceme también que en su breve contexto se encierran todos los elementos constitutivos suyos. La realidad, ante todo; porque el verdadero novelista no puede

apartarse un momento de ella, de aquella imitación de la naturaleza, que desde Aristóteles a Cervantes ha sido y será siempre la condición primera de toda obra artística. Esta realidad tiene dos facetas a los ojos del novelista: el ser humano, y el paisaje; el hombre y la mujer, con sus pasiones, apetitos, vicios y virtudes, con ese insondable complejo que es el corazón, manantial copiosísimo que no se agota nunca, porque en el fondo de cada uno duerme escondida una novela posible o real. Todos, todos la llevamos con nosotros mismos ñoña y rosada, o dramática y sombría, pero novela al fin, perceptible tan solo a los ojos del novelador, a quien Dios concedió el envidiable privilegio de *ver en las almas*, como si de su cerebro emanasen unos rayos poderosos que, iluminando sus más recónditos senos, le permitiera apoderarse de sus más íntimos secretos. ¡Cuántas veces, en esas multitudinosas aglomeraciones de todas suertes y linajes de gentes que nos impone la vida moderna, ora en la convivencia de un viaje, ora en la sala repleta de un vasto cine, y especialmente en una mundana y elegante reunión, no hemos tenido a nuestro lado hombres y mujeres que llevaban consigo una novela, *su novela*, sin que ellos pudieran sospechar que un espíritu observador, con ojos penetrantes, podía hacerles sujetos y protagonistas de un relato suyo! Mas, ¿cómo llegar hasta ellos, y cómo aprehender y hacernos dueños de sus pasiones y caracteres?. Para mí, no basta la sola observación, por aguda y tenaz que sea, ya lo dije antes; hace falta algo más: aquella suprema forma de la humana inteligencia, más poderosa y exquisita que el simple talento, que es la intuición, la intuición que no se contenta con ver, que adivina además mágicamente, que penetra callada e imperceptible en las almas de los hombres y mujeres novelables, y las capta sutilmente, sin que ellos ni ellas puedan darse cuenta del malicioso hurto. Sólo así, por este misterioso poder de la intuición cabe explicar la obra ciclópea de un Balzac, de un Dickens, de un Galdós, de aquel Galdós hermético y taciturno, que no preguntaba nada, y que, sin embargo, creara centenares de tipos, muchedumbre bastante, como decía Menéndez Pelayo, para poblar un lugar de medio vecindario. ¡Dichoso el novelista que acierta a ver claro y distinto allí donde los demás mortales no percibimos sino sombras vagas y confusas, que se escapan de nuestras manos cuando intentamos apoderarnos de ellas; y más feliz aún si por añadidura Dios le concedió el arte necesario para embellecer la realidad captada por él!

Pero me preguntareis vosotros: ¿todo en la vida es novelable? ¿Todo, todo sin excepción alguna? Lo feo, lo repugnante, lo grosero y hediondo ¿son materias artísticas y dignas de recogerse en una novela? Espíritu tan amplio y liberal como Don Juan Valera dedicó casi todo su donosísimo *Arte de escribir novelas* a combatir al naturalismo por su propensión a «elegir asuntos grotescamente horribles y personajes sucios, enfermos y viciosos, y representar con predilección marcada y con delectación morosa lo inmundo y lo feo». La doctrina del glorioso autor de *Pepita Jimenez* estéticamente es incontestable, y todavía cabría robustecerla con nuevos argumentos. El novelista anhela dar a sus obras la mayor vida posible, a hacerlas imperecederas, eterna aspiración al *non omnis moriar*. Para lograrlo no hay más que un solo camino, aunque harto estrecho y difícil. Todas las cosas del mundo, y sobre todo aquéllas que nacen del hombre y son estados de su alma, llevan en el fondo de ellas, oculta, invisible casi, una partícula de belleza que no se marchita nunca, que no perece jamás, que es como el substrato mismo de su esencia que la hiciera inmortal, y en que radica el secreto del éxito y perennidad de cada novela. Para descubrir y apoderarse de esta partícula bella están, primero, la intuición del novelista, y su arte literario después, que sabrá trasladarla a su obra, incorporarla al alma de sus criaturas, y al sentido estético del paisaje descrito por él.

Con ello entramos en la fase más oscura y misteriosa de su labor: la creación artística, alquimia más hermética y sibilina aún que las de los quiméricos aspirantes a la transmutación de la materia, los Agripas, Bacones y Paracelsos, historias viejas que conoce también Anaya, porque allá en su juventud tuvo la humorada de publicar un erudito estudio sobre *Los alquimistas*; transmutación —repito— que aquéllos no alcanzaron, pero que el verdadero literato como él logrará. Para ello el novelista, dueño ya de la realidad, se servirá del segundo y privativo recurso de la novela: la imaginación, la fantasía, que toma de aquélla los elementos que la brinda, y los mezcla, combina y compone a su talento, como su inspiración le dicta. No caben reglas ni consejos, pautas ni fórmulas; cada novelista dispone de las suyas propias, y tiene sus hornillos, retortas y crisoles, y el fuego de su inspiración será el único que consiga destilar el oro purísimo y acendrado, que es la creación literaria, de aquella masa informe y temblorosa.

Esta acción de la fantasía sobre la realidad —trivial es decirlo—

es consubstancial al novelista, y lo que le califica y distingue, junto con el dramaturgo, de los demás hacedores literarios, porque, gracias a ella, sus personajes y descripciones serán obra personal suya, criaturas poéticas concebidas por él, mejoradas y embellecidas por su numen, no copia servil y fotográfica. El prurito de reproducir exacta y rigurosamente los actos de los hombres y las mismas cosas que les rodean fué precisamente uno de los mayores errores del naturalismo. Zola y sus secuaces creían que bastaba la sola reproducción de lo que ellos habían visto en la vida y anotado en sus apuntes con ciega fidelidad para que la novela, así compuesta, sojuzgara a sus lectores con la emoción viva, honda y evocadora. No: si la realidad no se transforma y hermosea, esta emoción no podrá darse, por mucha que sea la fidelidad empleada en observarla.

De este poder misterioso y divino que tiene nuestra imaginación para embellecer las cosas, para mejorarlas estéticamente, podría ahora relataros un curioso caso personal. Todos habeis saboreado muchas veces *Peñas arriba*, la genial novela del glorioso escritor montañés. Dentro de ella hay un capítulo que se remonta a las más sublimes cimas de la belleza literaria, la conmovedora descripción del viático de don Celso. Aquella subida de la nocturna procesión desde la Iglesia de Tudanca a la casona del moribundo por el agrio pedregal, «erizado de malezas y surcado de senderos y camberas», quedó eternizada para el arte en las paginas memorables de la novela, y cada uno de los guijos y lastras que cubren su suelo teníalos visto yo a mi modo y grabados como aguafuertes en mi imaginación, gracias a la pluma maravillosa de Pereda. Pues bien, cuando hace poco más de un año, deseoso de contemplar por mis mismos ojos el escenario auténtico de la sin par novela, llevóme a él el cariñoso convite del heredero de la Casona, nuestro compañero Cossío, que tan amorosamente la conserva, al acercarme a ella, ¡con qué religiosa emoción entré en aquel pedregal y pisé sus piedras venerables, rememorando todo aquel relato! Mas, con todo eso, no puedo ocultaros que, acallada la impresión primera, y reconociendo el gran valor pintoresco de aquél rincón montañés, sentí muy dentro de mí como un secreto desencanto, como una decepción inconfesable: *aquello* teníalo yo visto en mi imaginación de otra manera, más bello aún, por obra de la paleta de Pereda, la paleta del arte, que en manos de un buen novelista es a veces más opulenta y ensoñadora que la naturaleza misma, y la realza y transfigura para nuestro deleite.

Estos dos elementos de la novela, la realidad de la vida y la acción de la fantasía sobre ella, habrán, pues, de alejarse en la mente del escritor al componerla, pero de modo que ninguno de ellos supere y avasalle a su contrario; porque si predomina la realidad, nos despeñaremos en el naturalismo fotográfico, grosero o repugnante; como también, si la fantasía del novelista se desboca, apartándose de aquélla, de su pluma saldrá la novela de aventuras, grata sin duda a los gustos del vulgo, y que en todos los siglos se ha escrito con el nombre de Libros de Caballerías, novela bizantina, novela romántica y folletinesca, tan pródigadas en el pasado siglo, hasta parar en la novela policíaca, que estragará el paladar de nuestra juventud haciéndolo insípido, por ejemplo, a las bellezas del *Quijote*, pero novelas todas —salvemos a Heliodoro— de inferior calidad y baja estimación literaria.

Para que la novela alcance su perfección estética ha de guardar escrupulosamente, por tanto, la ponderación y el equilibrio entre ambos elementos formativos suyos, de modo que el lector no acierte a percibir dónde acaba la realidad de la vida y empieza la fantasía del autor. El justo promedio de una y otra, su compensación realista, cumplirá la postrera condición de la novela, acaso la más esencial suya, su *verosimilitud*, que es la posibilidad real de lo que inventó su autor, la cual, captando nuestro interés primero y encadenándolo después, nos llevará gustosamente al fin de su lectura. Proceso todo éste fácil de enumerar, pero arduo por demás en su desarrollo, donde veremos comprobada la verdadera aptitud del novelista, su capacidad para abordarla y concluirla, cruzando aquella línea que separa la simple concepción, la visión cerebral de la novela, de su ejecución en las albas cuartillas que han de recibirla. Concebir, imaginar una novela, un cuento mismo, cuesta bien poco; como antes dije, la existencia de un hombre que haya vivido mucho nos regalará materiales sobrados para escribirla; ya lo notó hace siglos preceptista tan docto como Pinciano; pero de ahí al libro que se lea y divierta ¡cuánta distancia queda!

Para haceros menos ingratas estas mal hilvanadas disquisiciones mías sobre la novela, permitidme que ahora os relate, por venir muy al caso, cierta graciosa anécdota, inédita además, del gran poeta D. Juan Nicasio Gallego, Secretario perpetuo que fué de esta casa hace ya un siglo. Gozaba Gallego merecida fama de excelente crítico y mentor literario, y a él solían acudir con frecuencia los poetas noveles y jóvenes aspirantes a los favores de las Musas con

sus obras manuscritas. Y acació que en cierta ocasión presentósele un muchacho, deseoso de que D. Juan Nicasio le diera su parecer sobre una comedia que decía aquél tener escrita. Acogióle el poeta con su habitual bondad; hizóle sentar, y, arrellenándose él en su butaca, invitóle a que comenzase la lectura de su parto dramático. Sacó entonces el joven en cuestión un cuadernillo, donde tenía escrito en muy pocas páginas el simple esquema de su pieza teatral. Acabada su corta lectura, y como el muchacho callase en espera de su juicio, creyendo D. Juan Nicasio que lo leído hasta entonces era tan solo el plan de su obra y que ésta vendría detrás, díjole benévolo: «No está mal la traza; pasa adelante y veamos entera la comedia». A lo cual repuso el comediógrafo en agraz: «Don Juan Nicasio, no tengo escrito más; estas son las... *ideas* de mi obra». —¡Hijo, hijo —sentenció entonces el insigne académico con su voz grave de canónigo —*ideas* tenemos todos; lo que hace falta es el cosido»!

Este cosido no lo sabe hacer nadie más que aquel que es verdadero novelista, y toma su paño de la realidad, y lo corta, respunta, forra y remata como el más experto de los alfayates de antaño, cuando adornaban sus prendas con aquellos sutiles puntos de cadeneta, real y de ahuja, de que nos hablan los inventarios viejos; cosido firme y primoroso a la vez con que González Anaya labra sus obras y muestra también su maestría, no solo concibiendo sus ficciones novelescas, sino dándolas cuerpo real y vigoroso con las venillas de su pluma. Díganlo entre otras suyas y como más perfectas *Nido de cigüeñas* (1927); su casi homónima *Nido real de gavilanes* (1931); *La oración de la tarde* (1929); *Las vestiduras recamadas* (1932); *Los naranjos de la Mezquita* (1935); —la preferida de su autor— y *El camino invisible* (1945), creaciones afortunadas suyas por el sano y simpático realismo que respiran; por el arte con que casa dos tipos de novela tan diferentes como la novela de caracteres y la de costumbres, fundiéndolas magistralmente en una sola; por su gran poder descriptivo, que se abate a las más humildes pequeñeces y lo mismo dibuja un interior casero que da vida graciosa a sus dilecciones zoológicas, el gato *Carambuco* de *Nido de cigüeñas*, y *Rubén*, loro locuaz de *El camino invisible*; preciosas novelas, repito, donde los caracteres de sus personajes, humanos y transparentes, no desmayan nunca y corren a lo largo de ellas lógicos y enteros, derramando pródigamente alegría y optimismo en torno suyo.

Porque las dos notas características del temperamento novelístico

de Anaya son su equilibrio estético y el optimismo constante que impera en ellas —«¡*Estamos enamorados de la vida!*»— exclamarán al unísono una pareja de novios en *La oración de la tarde*, como si hablaran por el mismo Anaya. Y si tal cual vez alguna de sus protagonistas se desmanda, y escápase de la vigilancia de su pluma para pisar la tierra del pecado en un erótico desliz, y la rígida Moral, al advertirlo, frunce severa el ceño, perdonará indulgente, porque nunca su creador buscó de intento el episodio escabroso, el cual habrá venido como lógica consecuencia de la acción; y además, son tan limpias y discretas las perífrasis con que Anaya lo relata, que bien podrían aplicársele aquellas generosas palabras con que los Inquisidores toleraban antaño ciertas libertades de algunas obras clásicas: *permittuntur* —decían— *propter sermonis elegantiam*. Perdón tanto más concesible, cuanto que la sana alacridad que tales pasajes picantillos provocan a seguida, revelan a las claras que no están impregnados de naturalismo, ya que éste, como notaron críticos de la talla de Valera en España y Lemaitre en Francia, es diferencialmente triste y pesimista. Labor novelística de Anaya, tan noble y fecunda que nuestra Academia, reconociéndola, a la muerte de Salvador Rueda en 1933, le nombra miembro correspondiente suyo en Andalucía. Ya lo era también de número desde 1914 de la Real de Bellas Artes de San Telmo, y correspondiente asimismo en 1928 de la de San Fernando, nuestra hermana menor, así como de otras varias Academias provinciales de España, Italia, Suecia y EE. UU. honores con que se premian sus méritos literarios, artísticos y cívicos; y aunque todos ellos sean muy legítimos y estén bien ganados por Anaya, para nosotros privan exclusivamente los suyos de novelista, pues, dicho sea para mayor satisfacción de su talento literario, en esta casa se entra, no por títulos mundanos, sino por letras esclarecidas y probadas.

Dejaría incompleta esta rápida semblanza literaria de nuestro nuevo compañero si no tocase, siquiera de pasada, las influencias literarias que han actuado sobre él. A la verdad, son muy pocas y someras. En los comienzos de su carrera, las casi inevitables en los jóvenes de entonces, la de los novelistas franceses en boga a la sazón, (Anaya es un lector infatigable, con cultura clásica muy vasta); luego, tornando a los patrios lares, el maestro Galdós con su ya notado equilibrio, siempre impersonal y objetivo, esclavo de la realidad que observa; simultáneamente, Valera, con su pulcritud y donaire, aunque el autor de *Juanita la Larga* sea más estático, más



declamador y vocero de sus propias teorías que Anaya, para coincidir por último con los Quintero, sobre planos literarios distintos, en el amor literario y fervoroso a la común tierra andaluza, en el sentido optimista y jocundo de la vida, que hará de casi todas las novelas de Anaya como una glosa o paráfrasis propia y entrañable de aquel faústico epifonema de los gloriosos comediógrafos sevillanos: «*Alegrémonos de haber nacido*». Así, por designio suyo, muy meditado, su geografía novelística no rebasa las fronteras de Andalucía: Ecija romana, Córdoba moruna, Baeza medioeval, Granada nazari, y singularmente Málaga, su patria chica, amor de los amores de Anaya, donde cada piedra, callizo, travesía o recoveco halló en sus novelas consagración literaria y perdurable.

Esta limitación de campo —aunque vastísimo y opulento de suyo— y la exclusividad de los temas andaluces, ha motivado que algunos críticos recluyan a las novelas de Anaya en el grupo de las llamadas *regionales*, con el valor peyorativo y de inferioridad estética que dan a esta palabra; manifiesto y censurable error: primeramente, porque si la novela es representación de la vida humana, pintura de caracteres y juego de pasiones, tan ricas o más en estos valores novelísticos son las provincias y regiones españolas como puedan serlo Madrid o Barcelona, donde el cosmopolitismo moderno ha impreso un sello de uniformidad vulgar y prosaica; y en segundo lugar, porque, como se ha dicho repetidamente y con justicia, las mejores novelas del siglo XIX en su periodo áureo y las buenas de los comienzos del XX son precisamente regionales, como *Pepita Jimenez*; *El niño de la bola*; *Sotileza*; *Los pazos de Ulloa*; *Peñas arriba*; *La aldea perdida* y *Cañas y barro*, y hasta en las mismas sobresalientes de Galdós, como *Fortunata y Jacinta*, y *Angel Guerra*, es el particularismo local madrileño o toledano lo que las da vigor y las hace memorables.

No: nada importa que el novelista se aparte de Madrid, un Madrid que perdió ya su fisonomía romancesca de antaño: lo esencial es llegar al corazón de los lectores, apoderarse de ellos, que viva cada uno unas breves horas bajo el embrujo de la acción y en coloquio íntimo y sabroso con sus personajes. Y a medida que vamos apurando sus páginas, sentir también que se acabe el libro, limitar su lectura diaria para que nos pueda durar más, como si paladeáramos a pequeños sorbos un vino viejo, porque sabemos que, cuando llegue a su fin, todas aquellas criaturas novelescas que nos acompañaron en nuestras horas de soledad, que bulleron como vi-

vas, mágicamente, delante de nuestros ojos, cuyas voces graves ó argentinas acaso percibimos también, levantarán raudas el vuelo hacia otros lectores, para cumplir con ellos asimismo su verdadera misión, la gran misión de la novela, que es entretener y divertir... y a ratos hace soñar también. Por eso, una buena novela es la preparación mejor de nuestro nocturno descanso, la que poblará nuestra imaginación, antes de conciliar el sueño, de figuras amables y rientes, aventando las melancólicas que llevaron a ella los diarios afanes. Ese es su fin privativo y primero, y por eso también a las novelas llamadas de *tesis* o *idealistas*, por buenas que sean, téngolas por de inferior calidad, y no digamos cuando esta tesis se hace política o sectaria, porque entonces la caída de su autor será segura y lastimosa; díganlo las pocas de Galdós que tienen tal carácter. De este defecto tan grave y reprehensible líbranse por fortuna las novelas de Anaya; nunca plantea en ellas tesis ninguna, jamás empuña doctoral la palmeta del dómine, porque jamás tampoco aspiró en ellas a otra cosa que divertir y solazar al lector.

Pero a este fin no se llega sino por la obra de otra virtud esencial a la novela: el interés de su fábula; la amenidad, esa amenidad que campea en toda la obra literaria de Anaya, desde su primera novela *Rebelión* hasta *La jarra de azucenas*, postrera e inédita aún, que le hizo cobrar millares de lectores fervorosos y fieles, galardonándole con el trofeo más preciado a que puede aspirar todo escritor, la popularidad. Popularidad, repito, bien ganada y justa, porque el amor a la vida, su observación atenta, la facultad creadora y la gracia del estilo son prendas consubstanciales a todo novelista que quiera alcanzarla, y estas prendas campean ubérrimas en las obras de Anaya.

No debo callar, por último, en este crítico bosquejo, otro aspecto o matiz suyo, la afición de Anaya a la historia. Toda novela de costumbres es sin duda un capítulo de ella, valioso por extremo para las generaciones venideras, que hallarán en ellas parvedades y menudencias de la vida vulgar que las Crónicas formales desdeñaron. Bajo tal viso tenía razón Zola cuando veía en toda novela un *documento humano*. En dos formas se manifiesta este valor histórico en las novelas de nuestro nuevo compañero: la primera, cuando la ficción sirve de marco para narrar sucesos contemporáneos, como, por ejemplo, *Las vestiduras recamadas*, libro valiente, honrado, de tremenda acusación, como ha dicho un crítico suyo, contra el salvajismo iconoclasta que en 1931 destrozó bárbaramen-

te en su ciudad natal las esculturas admirables de Pedro de Mena y tantas otras riquezas artísticas; santa y hermosa indignación que encandece la péñola de Anaya en otra novela suya, *Luna de sangre*, estremecedor relato de una Málaga infeliz bajo la tiranía cruel y sangrienta de la canalla roja.

La segunda forma de esta tendencia histórica de nuestro nuevo compañero es por fortuna más risueña y apacible, y toma cuerpo con aquellas pasajeras intervenciones en sus novelas de coterráneos suyos, insignes y famosos, como Arturo Reyes, Romero de Torres, Manuel Falla, Muñoz Degrain y otros, a quienes él íntimamente trató, y que con cuatro pinceladas y alguna anécdota personal quedarán retratados para la posteridad. Compañero de infancia de nuestro inolvidable Ricardo León, las páginas entrañables puestas al frente de las *Obras completas* de éste, en que ha descrito sus primeros balbuceos literarios, habrán de ser valiosísimas para una futura bibliografía del glorioso autor de *Casta de hidalgos*.

Generosidad de espíritu, tan poco frecuente entre artistas, que culmina en una iniciativa de Anaya, nobilísima y feliz por demás: la fundación del Museo de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, de cuyo Patronato es Presidente, y en el que, gracias a sus solícitos afanes, puede admirarse hoy la mejor pinacoteca de artistas andaluces contemporáneos.

Su afición a las Bellas Artes llévale a Italia, y este viaje dará origen a un nuevo libro de Anaya, *Luna de plata*, que guarda cierta lejana semejanza con el tan celebrado de Alarcón *De Madrid a Nápoles*, aunque sin prescindir del todo, como éste, de la trama novelesca.

Envidiable condición, ciertamente, Señores Académicos, la del novelista. Acaso no haya otra ninguna que pueda equipararsele. Campo vastísimo el suyo, a él acuden solícitos para rendirle pleitearía todos los demás géneros literarios que tan preclaramente cultivais vosotros. Tiene del vate el poder creador, no ya de imágenes y ensueños, sino de criaturas palpitantes y vivas, que hacen del poeta y del novelista dioses humanos; comparte con el dramaturgo el señorío de las muchedumbres, por la enorme difusión que alcanza una buena novela; a ratos toma de la oratoria sus acentos grandilocuos para la defensa y propaganda de sus teorías personales; invade los dominios de la Historia, como acabais de ver, siendo coleccionador de almas y cronista de costumbres; como a veces también se siente crítico y filósofo en sus lucubraciones pasajeras.

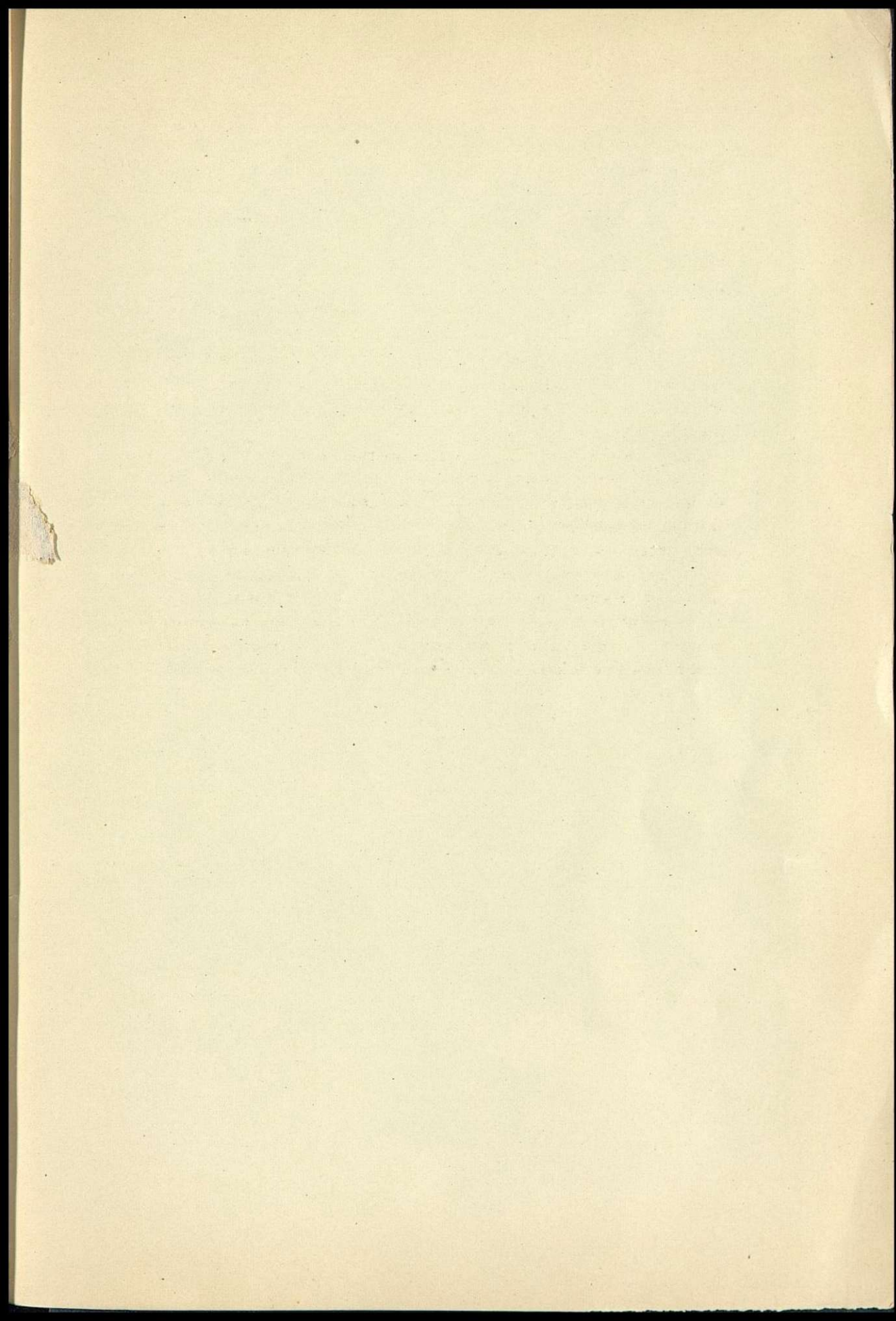
Y pareciéndole poco, todavía pedirá a las Bellas Artes su concurso, tomando de la Escultura su buril para tallar hermosos caracteres, o trueca su péñola en pincel cuando quiere inmortalizar escenas y paisajes.

Unos y otros serán los forjadores de su propio estilo. Sin él, todas las demás prendas del novelista, ya notadas, serán como campana hendida y estridente. El estilo de Anaya, postrera faceta de su temperamento literario con que quiero dar fin a este desmañado esbozo suyo, es uno de los mayores valores de sus novelas, como decimos hoy. No es para él la lengua castellana un instrumento indiferente y secundario, como en algunos novelistas desaprensivos y petulantes. Desde sus primeras novelas, Anaya la ha consagrado adoración continua y fervorosa. Pocos escritores conozco que la amen tanto como él. Su preocupación por abarcarla toda, escudriñándola hasta en sus más recónditos secretos, trasciende a cada una de sus páginas, y nuestro idioma, por su parte, págale generosamente y con usuras también esta dilección suya. ¡Cuánta y cuán varia riqueza léxica atesoran las novelas de Anaya! «Estilo limpiísimo y brillante como la plata al salir del cuño —dirá uno de sus críticos, el Padre Agustino Restituto del Valle— elaborado todo él con la dicción selecta y pulquérrima que es el señuelo de los puristas, y cincelado con el esmero sutil y con la maestría de un genial artífice de la palabra». Pero maestría espontánea y fluida, sin el menor asomo de violencia o artificio, suelto, sencillo y natural. Y colorista e iriscente además. Parece como si la luz del Mediterráneo que se mete por sus pupilas, nítida y deslumbradora, cargada de tonos, vislumbres y matices, se reflejara otra vez en las páginas de sus novelas con todo su fulgor, cegando los ojos de momento, pero para ver luego cada figura humana o paisaje campesino con sus líneas peculiares y distintas, que las hacen destacarse de las demás con pictóricas perspectivas. Pluma y pincel, repito, son para él una misma cosa y aparejo. Leyendo a Anaya se viene al recuerdo aquel juego verbal de Lope de Vega cuando llamaba a Marino, el poeta napolitano, «*gran pintor de los oídos*», en contraposición a Rubens, que será para él, el «*gran poeta de los ojos*».

Esta preocupación idiomática de Anaya llévale a porfiadas búsquedas en nuestro léxico, para exhumar voces desusadas, peregrinas y eufónicas, con que gusta de recamar su estilo. Ya sé que no le han faltado críticos censores de esta práctica, juzgándola —y no sin algún fundamento— atentatoria a la perspicuidad y resplandor

de la elocución, norma primera y esencial de todo estilo. Pero esta codicia semántica suya tiene un origen noble y generoso que la exculpa. Toda lengua hablada o escrita —perdonadme lo trivial y manido del símil— es como un río caudaloso donde bebemos todas las voces y giros de nuestro uso habitual. Para enriquecerlos más aún, algunos escritores como Anaya adéntranse en la selva virgen del idioma, y cortan en sus vergeles lindas y exóticas flores, que, como voces nuevas, arrojarán luego en su curso. Muchas de estas voces se mezclan con sus aguas, incorporándose así a la lengua común; pero otras, menos venturosas, el mismo río las devolverá a la orilla, mas no sin dejar antes en sus linfas algo de su perfume y de su color.

Tal es, Señores Académicos, a grandes rasgos, la obra literaria, tan eximia y copiosa de nuestro nuevo compañero, que esta tarde se ha visto acrecentada con su hermoso Discurso, donde acabais de aplaudir un interesantísimo capítulo de la historia de las letras contemporáneas en su ciudad natal. Ninguno, ciertamente, más idóneo que él para escribirlo; y por ello, cualquier comentario de mi pluma habría de pareceros y con razón impertinente y ocioso. Réstame, pues, tan sólo darle ahora el muy cordial parabien en vuestro nombre, y congratularme con vosotros de su tan merecido ingreso en esta mansión solariega de la lengua española, que él ama tanto.





*Se acabó la impresión de esta obra
-costeada por el Excmo. Ayunta-
miento de Málaga en homenaje al
«Hijo Preclaro» de la ciudad, Exce-
lentísimo Sr. D. Salvador González
Anaya—el día 20 de noviembre de
1948, en los Talleres Tipográficos
de D. Enrique Montes, de Málaga*

